

Ocurrió en Morelos

Antología de poesía y cuento



Ricardo Garibay
Escuela de Escritores

Ocurrió en Morelos
ANTOLOGÍA DE POESÍA Y CUENTO

Esta publicación fue financiada con recursos federales, a través del Programa de Apoyos a la Cultura en su vertiente Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura 2021. Este programa es público, ajeno a cualquier partido político. Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en el programa.

Ocurrió en Morelos
Antología de poesía y cuento

Primera edición, diciembre de 2021

Coordinación editorial:
Efraím Blanco

Cuidado de la edición:
Ángel Cuevas

Diseño y formación:
Ixshel Morales y Julia Jayme Salas

Imagen de portada:
pixabay.com

D.R. © 2021, por el texto: los autores

D.R. © 2021, por la edición:

Secretaría de Turismo y Cultura
Fondo Editorial del Estado de Morelos
Calle Miguel Hidalgo 239
Colonia Centro 62000
Cuernavaca, Morelos
<http://turismoycultura.morelos.gob.mx>

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio, sin el previo y expreso consentimiento por escrito de los editores.

Impreso y hecho en México

Ocurrió en Morelos

ANTOLOGÍA DE POESÍA Y CUENTO



Ricardo Garibay
Escuela de Escritores



FONDO
EDITORIAL
DEL
ESTADO DE
MORELOS

Los morelenses nacen donde se les da la gana

Ulises José

Morelos, a pesar de no tener playa (Tequesquitengo no cuenta), es un puerto. De aquí han salido y aquí han llegado personajes de “abolengo” artístico, intelectual, político y, desafortunadamente, hasta criminal.

Morelos es una especie de periferia en el ombligo de México, está muy lejos del mundo y muy cerca de la capital y eso lo ha tenido en una especie de limbo que nos hace sentir como una delegación más de la ciudad o, en la mayoría de los casos, un balneario para los capitalinos. Para los chilangos, Cuernavaca, Tepoztlán o Cocoyoc son lo mismo.

Morelos, antes de ser Morelos, fue escenario de eventos que determinaron su historia: fue refugio de conquistadores, punto estratégico en la guerra de independencia y también durante la revolución y, no olvidemos que, durante un tiempo, alojó al gobierno central como capital de la nación.

Desde las haciendas que se hicieron ingenios azucareros, hasta los campos arroceros. Desde las bandas de viento y los bailes regionales. Desde su contraste entre campos de golf y cinturones de pobreza. Morelos ha sido un escenario que se ha plasmado en música, letras, pintura y cine. Afortunadamente sigue siendo un estado en el que lo de ayer y lo de mañana se fusionan hoy. El tiempo no dura lo mismo y eso puede meter en conflicto a quienes tienen obsesión con la puntualidad, porque eso, acá no existe. Las horas se miden en otro meridiano.

Quienes llegan a Morelos, se quedan, y quienes se van se lo llevan, por eso es que los morelenses nacen donde se les da la gana.

En este libro se logró una muestra escrita de morelenses, por geografía o por destino, que narran una parte de lo que es este estado: un sacrificio a Texcatlipoca, un diluvio en el desierto morelense, milagros alimentados con amaranto, robo de reliquias, una mujer defendiéndose empuñando un machete, una nahuala, el alma en pena de una mujer en Cañón de lobos, un niño atado a un árbol, las sospechas de un secuestro,

un día de tantos en la vida de una mujer, sequía causada por una deuda municipal, un error mecanográfico que termina en un nombre hermoso. Todo esto ocurre en Morelos.

Amores verdes

Dayan Casaña

Cerré los ojos
al abrirlos estaba de pie
en el aire,
la estatura del vapor,
una nube mirándote
la piel verde resplandeciente.
Esmeralda sinuosa,
sensual exuberancia.

Escuché tu lenguaje,
tonos floridos,
árboles y aves,
estallido eufórico.
Mudé de geografías,
llegué aquí.

En tus cielos
la metrópoli cúmulos
edifica sueños;
cordilleras blancas.

La tierra susurra
y el viento transporta urgencia;
deseo mutuo de otra vida.

Fue en tu tierra, Morelos,
que la lluvia dijo mi nombre
en sus dulcísimos labios
de lluvia tierna.
El agua sonrió con la línea
del gesto de su cauce.

Fue en tu transparencia,
alegre mariposa blanca,

que el espíritu de tibia carne
se me desató.

Supe que un sólo pedazo
de tu cielo luminoso
me alcanzaría
para la eternidad.

Los rayos brazos
de tu antorcha
animan mis movimientos.
Vivo diariamente
en la fiesta de tus días.

Hay una carcajada
erizándome la piel,
un retorcerme de bugambilia,
de fucsia felicidad;
son tus espíritus
niños alegres.

Nutridas huellas,
raíces que anclo a tus suelos cielos,
a tu cara espejo de astros,
flores en el revés del reflejo.

Mantenme junto a ti,
estréchame, Morelos.

Te siento ir y venir
en furor
de caballos,
cacomixtles,
tlacuaches,
libélulas,
a toda prisa
en el torrente
de mi sangre.

Aquí la poesía
me nombra los átomos;
grito vida y colores,

grito aves y abejorros,
agua que refresca viejas haciendas.
Bebo luz y grito
igual que cuando el sol
en tu territorio abre la boca;
vociferando música verde,
armonía jade.

El rostro me brilla,
es una ciudad iluminada
de cocuyos y luciérnagas.

Fue de tus atardeceres
que se tiñó mi amor.
Desde tus entrañas
se levantaron los pasos
del hombre que amo.

Desde tu sabor a mango, a higo, a caña
se hicieron sus besos;
criatura hecha para mí
con el sabor de todas tus frutas,
con la frescura entera del viento.

Lo veo sonreír
y me nace
un manantial en el corazón.
Es en tus extensiones
que mis latidos atrapados
en sus brazos
cantan la canción
de los grillos y las cigarras.
Fueron tus noches
las que se nos enredaron en el cuerpo.

Morelos,
los conjuros
de tu amanecida luna
me atraparon,
te pusieron en esencia
en cada una de mis palabras secretas.

El horizonte señala
el fin de tu cuerpo vibrante,
tu horizonte la paz inmensa;
silencio vegetal
que no alcanza la mirada.

Confundiré por siempre
tus brisas danzarinas
con tiempos eternos,
con la muerte que no llega.

Los días más felices,
han ocurrido aquí,
alguna vez en Morelos.

Cerro Tepozteco

Mercedes Díaz Rosales

Cerro del Tepozteco, vestigio de nuestra historia
montaña tan misteriosa donde están aún guardados
tesoros de adoración, del rey Tepoztécatl a las
deidades del pulque, fecundidad y cosecha.

En las mañanas te escondes, en las neblinas de agosto
grande y tan majestuoso, reflejando cada aurora
los rayos amarillentos, en tus rocas y verdor.

Cuán importante serás, que dicen tantas historias
que han llegado a visitarte, seres raros de otros mundos
que por las noches titilan desde lo alto del cerro
luces blancas luminosas que desde el pueblo se ven.

Muchas huellas han subido
al templo de adoración, para mirar desde el cielo
al pueblo de Tepoztlán, valle hermoso de esperanza,
y devoción.

Tus caminos pedregosos, han soportado las cargas
donde se baila el chinelo en tiempos de carnaval,
con trajes de terciopelo y sombreros con espejos
lentejuelas y chaquiras,
con máscaras de hombre blanco con mejillas sonrosadas.

Desde lo alto del cerro se divisa el pueblo verde,
sus campanarios erguidos de sus templos religiosos,
y su gente transparente,
que con el brinco ancestral de su comparsa chinela
lo hicieron de puro gusto al encontrar esta tierra.

¡Oh, indio hermoso tepozteco!, cierra tus ojos y sueña
que estas tierras te amarán, hasta el final de los tiempos.

Cerro antiguo y pueblo noble, siguen imperturbables, centinelas,
hasta que ya no exista la luna y el sol apague su luz.

La nahual de Tetecala¹

Paulina M. Moreno

Hay lugares en la tierra que son huecos que esperan, zanjas de un fin invisible donde se encuentran magia y carne.

Ahora sé que Tetecala es así, lugar de otras leyes, donde Ella atraviesa los límites que abren su puerta.

Escupían su miedo diciéndole la maldita, la maldita del río Chalma.

Decían que Ella era fría y oscura como la obsidiana del dios que la protegía, que Ella también trascendía el espejo del futuro.

Las voces acusaban que iba al pueblo transfigurada en animal canino de negro pelaje y ojos de Sol.

Cada treinta meses por la Luna Azul aparecía; noche de augurio, noche de aparición, *yohualtetzahuitl*.

Otro espacio se cristalizaba mientras el eco de su aullido cubría las calles.

Despojaba de provisiones para llevar a cabo sus ritos, tomando la cosecha e incluso utensilios.

Solas nosotras, el año en que padre murió, era año de la Bruja.

Previendo el saqueo temí por la comida, gallinas y maíz trabajado con nuestro sudor.

Pero quien se cruzaba en su camino sufría algún daño, sufría la muerte; entonces tomé del escondite el machete de papá.

No sabía si esa noche enfrentarla sería mi suerte, pero después de una hora esperando por fin la vi aparecer.

Las nubes se abrieron para iluminar su camino y el gran perro cruzó la entrada.

Su lomo era negro como cubierto por ceniza, el resto arena intangible.

Llegaba al gallinero cuando fui sacando el machete, lentamente me acerqué apuntando al cuello.

¹ Basado en una leyenda popular de Tetecala, Morelos.

Este poema está compuesto en múltiples de ocho versos, de carácter libre, propios de la poesía náhuatl prehispánica.

De pronto se giró, mirándome con sus rubios ojos, exhalando un gruñido enmarcado por huesos finos.

El terror retumbó en mí como tambores de desgracia, solté por fin el golpe dando por error en mitad de su pata.

La sangre corrió fresca, parecía el Chalma colorado; el pelaje de la herida se deshacía en carne.

Se encogieron las garras hasta llegar otra vez a ser uñas, toda aquella era ya transmutada en humana.

Mis ojos rehusaron lo que veían huyendo detrás de los párpados.

La noche impasible esperaba estática, pensé que quizás la Bruja había escapado.

Mi mirada la encontró entre la penumbra, sobre la tierra tendida, con la pierna quebrada.

Empecé a gritarle reclamos que parecían ya sin sentido. Me recordó a abuela Esperanza, su cabello una cascada a punto de tormenta y las manos llenas de trenzas de sangre.

¿Con quién crees que tratas, niña?

Tus insultos son normales y más aún tus golpes, pero quiero que sepas que yo conocía lo que esta noche sucedería.

Su voz vibraba como un llamado ancestral.

Yo puedo ver antes que tú, por eso es que he venido con un propósito muy claro acerca de tu destino.

Esta pierna pronto se curará con la ayuda de unas hierbas, pero el daño que tienes dentro lleva mucho más tiempo.

En la ceremonia de nacimiento, tres entidades se fijan en equilibrio, ánimas asociadas a cabeza, corazón e hígado: tonalli, teyolia, ihiyotl.

Un baño ritual para probar en boca la vida, para conocer el crecimiento y el movimiento.

Sigue la solicitud a Ometecuhltli y Omecíhuatl, se pide a Citlaltónac y Citlalicue, se pide a los moradores del cielo.

Después de otorgar el nombre, se afianza el tonalli, hilo entre el individuo y su destino.

Vínculo con el espíritu animal acompañante, protector y guía. Ella me acompañó en el proceso para reconectar con mi nahual.

Así, aprendí a dejar mi piel humana para vagar con la de ciervo. Quien indica si hay que dar protección o castigo es Yolcatagat; quien nos cuida y encuentra en el peligro es Yolcatagat.

Ella hoy está en otro camino, desprendiéndose de su alianza; Ella viaja por nueve pisos en busca de Mictecacihuatl y Mictlantecuhltli.

Yo hoy en Tetecala canto mi despedida, canto a mi maestra. No todos lo entienden y también me llaman Bruja; pero si me requieren, solo esperen la siguiente Luna.

Sin tierra y libertad

Egna Marsal

Rugieron las entrañas
de la madre tierra, la que duerme
en un manto de agua.
Sacudió semillas
que rodaron cuesta abajo
al vecino terruño
de tierra y libertad.
Efímeras promesas mancilladas, prostitutas.
Semillas en fango.
Llora, Chinameca
gime, Anenecuilco
¿Dónde moran tus caudillos?
Los campesinos aran tierras
que abortan hijos.
gritan:
¡Viva, Villa!, ¡Viva, Zapata!
Sus gritos son opacados
por otros que nacen del vientre
de madres y padres
que de aquí, o de tus hermanas tierras
buscan a sus hijos
arrebataados, asesinados.
La conquista continúa.
Maldición malinchista.
La eterna primavera. Falacia.
El invierno te abriga.
Tus almas perdidas
Se aferran a tus rosas de colores.
Y a tus aves
que a diario surcan tu cielo.
Soy una de esas semillas
que rodó de la gran ciudad
cuesta abajo.

He querido cortar la mala hierba
esa, que se corta desde la raíz.
Las raíces no ruedan
se despliegan, desde arriba
estoy, como muchos, cansada
seguiré rodando.

Obsidiana

Josué Osorio Estrada

La inexistencia de tus piedras oscuras
aluden a una gran mentira.
Nadie las ha visto. No abundan.
Tus calles demuestran hambre.
Cada grieta se desliza en un tiempo perdido,
una lágrima que brota
de una madre con ojos desnutridos.
Ella llora por su hijo difunto.
La muerte merodea los presentes:
¡Todos!
La desesperanza anida tus calles.
La sed de progreso se evapora
en el calor que provoca su gente.
La naturaleza no reclama los espacios arrebatados;
se encuentran en terapia intensiva.

Los relojes marcan una hora diferente.
Es muy repetitivo vivir en ti.
La historia de tus lugares y personas ilustres
escasea entre las lenguas.
Los espacios públicos se aferran a desaparecer.
Las emociones nacieron
del enojo de tus antepasados.
Somos parte del sur.
Somos parte de la resistencia desempolvada
en recuerdos,
somos parte de Morelos:
refugio de aves foráneas,
refugio de extraños que decidieron
quedarse para morir entre las nubes,
refugio de poemas de olvido.

¿Quién los entiende?

¿Quién entiende a nosotros que vivimos aquí?

Si cuando la obscuridad desaparece
por la mañana; asciende el sol y
nos deformamos para continuar
con el teatro de la indiferencia
que sepulta al prójimo y
desnuda el rostro humano.

Nextlahualli

Ana Cosultchi

A los chilangos, la pandemia nos cambió las rutinas. Nos quedamos encerrados como hámsters dando vuelta por la casa, aburridos como ostras. Tomamos clases en línea —los cuatro somos estudiantes de preparatoria, del último año—, compramos por Internet y salíamos de vez en cuando, con mascarilla y gel para las manos, pero sin bajar del carro y solo para mirar todos nuestros antros cerrados. Entre los cuatro, planeamos un viaje a Tepoz, para festejar el fin del curso. Además, la idea era que los cuatro hiciéramos un pacto arriba en la pirámide, donde las energías del universo se sentían más que en cualquier lugar. Lo convenimos pensando en nuestro futuro con la fe del carbonero. Ahora lo sé. Pero tuvimos que posponer el viaje por meses; el pueblo estaba cerrado y los fue-reños no podían entrar.

Así que apenas hoy lo logramos. El padre de Paolo le prestó el carro. Escogimos una posada, en el valle. Es modesta, pero no necesitábamos más; nos quedaríamos por una semana. Ella salió de la cocina al vernos llegar. Se estaba preparando algo de comer. Olía a tortillas y a chiles picantes. Platicamos un rato. Me cayó bien desde el principio, aunque su maquillaje era algo excesivo. “Administro el lugar” nos dijo, “Me llamo José” y yo, sin más, pregunté: “¿De Josefa?”, pero ella solo esbozó una sonrisa. “¡Yo soy Ceci!”, me presenté, “¡de Cecilia!”, y enseguida, le señalé a mis amigos:

—Paolo, mi novio, Karla y Julio.

Cobró por adelantado y nos entregó las llaves; cuartos con vista a la montaña.

—Mañana es día de mercado, ¿quieren ir? —preguntó después.

La neblina matinal envolvía los cerros y le daba ese aire de magia que tanto gusta a los turistas. En la entrada al mercado, se dispensaba gel y había que portar tapabocas. ¡A güevo! Para conjurar al maldito virus. Olía a leña quemada. En los puestos de comida del mercado los olores se mezclaban e incitaban los

sentidos: quesadillas, sopes, huaraches y los famosos itacates, además del café de olla con piloncillo y canela. Sudorosas, las muchachas se afanaban en estrujar la masa para tortillas antes de lanzar los grandes discos sobre los comales calientes. El aroma invitaba. La cosecha de la milpa se desplegaba sobre cajas o en puestos fijos: calabacitas, elotes y flores de calabaza: grandes, amarillas, de cinco pétalos, como estrellas caídas del cielo. De a 10 o 20 pesos el manojo. Se veían frescas, se antojaban. Compramos cecina, frutas y verduras y yo me entusiasmé con varios manojos de flores, sin saber que serían mi ruina.

—Vamos a probar las quesadillas —la invitación sonó sin que nadie se negara —, hay de huitlacoche y es una exquisitez.

Regresamos a la posada. Ella nos confesó que era de Mixcoac, que dejó su casa y se refugió aquí desde hace un año.

—Ah, casi vecinas —exclamé y le confíé que nosotros vivíamos en San Ángel.

—Venimos a festejar el fin del curso y subir al Tepozteco —completó Paolo.

—Queremos hacer una ceremonia arriba. A ver si se da la ocasión —agregó Julio.

Aquel día, hubo botana, comida y corrió tequila, harto tequila. Ella sacó unas bachas y las circulamos. El alcohol suelta la lengua y mi nueva amiga habló, y habló más de la cuenta. Añoraba su anterior vida, una de lujos, comodidades y acción. También a su novio Carlos al que extrañaba mucho.

—¿Qué te impide regresar? —le preguntó Karla.

—Bueno, mi novio tiene problemas y quería que yo hiciera cosas...

Pero no completó la frase, porque yo, ni tarde ni perezosa y sin sospechar las consecuencias que traerían mis palabras, le solté una de las diatribas que mi madre acostumbraba:

—¡Todo en la vida requiere de sacrificios!

Su rostro, de pronto se iluminó y se rió.

—Sí, tienes razón —dijo ella con la mirada encendida y comenzó a hablar sobre el ritual de sacrificio en el mundo azteca.

La escuchábamos embobados. Tocar a la puerta y penetrar en la morada de los dioses sonaba ¡wow!

—Se le conoce como nextlahualli —continuó ella—. Es un sacrificio, sí —e hizo una pausa—, de sangre, pero solo así se consigue el favor de los dioses para obtener todo lo que se quiere.

Luego, entre caballito y caballito de tequila, nos soltó el rollo sobre el ritual azteca con una serie de detalles, algo es-

calofriantes, que involucra púas de maguey y otras cosas que nosotros nos tragamos junto con la comida y el alcohol. Al final, hizo una pausa y su mirada se concentró en cada uno de nosotros.

—¿Creen en las señales? —preguntó y sin esperar respuesta, continuó—. Hay que esperarlas para saber qué o quién será el mensajero para llevar sus peticiones a los dioses.

Nos reímos, pero ella se levantó presurosa y fue a la cocina con paso firme. Yo la seguí. Destripó las flores, rajó los chiles serranos, rebanó cebolla, troceó el epazote y dejó caer todo sobre el comal. Las tortillas taparon el asunto. La dejé y fui a reunirme con mis amigos. Minutos después, ella decretó que eran comestibles y las trajo a la mesa. Todos se sirvieron.

Mi olfato, embotado por los aires de la Ciudad de México, no dio aviso. La cebolla, el chile y el epazote ocultaron el peligro. A esto, agreguen los años de escuchar sermones: “¡hay niños que pasan hambre!”, ni modo de negarme, si yo misma las había comprado. Así que me tragué unas quesadillas de flor de calabaza junto con algo que ella les puso. Eso lo entendí después. Al otro día, un dolor atroz y las fugas al baño con vómito y diarrea me dejaron postrada en la cama. Mis amigos fueron generosos, trajeron un médico, y los antibióticos hicieron su trabajo. No le hablé a mi madre. Sabía que era capaz de mandar a mi padre por mí.

Como los demás no tuvieron molestias, salieron a pasear y ella se apuntó a guiarlos. Al regresar a la posada, mis amigos estaban decididos a subir al Tepozteco al siguiente día. Yo decliné. Aún me sentía débil, pero Paolo me convenció.

—Antes, deben purificarse en un temazcal y tener la vestimenta adecuada para la ceremonia —insistió ella—. La preparación para el ritual es importante.

No le pregunté cómo es que sabía tanto. Fue ella la que nos confesó que había estudiado danza en el INBA y que la historia de los aztecas le fascinaba. No me extrañó que consiguiera los atuendos, aunque me parecieron más costales de algodón crudo que trajes. Añadió plumas, listones de colores, un unguento rojo y nos explicó para qué servían. Por la tarde, fuimos a lo del temazcal. Resistí menos de 15 minutos adentro. Salí boqueando.

En la mañana, los cuatro intentamos subir a la pirámide, pero al llegar al inicio del sendero, nos avisaron que la entrada estaba cerrada.

—Iremos mañana —nos alentó al vernos de regreso—, conozco otro camino, pero hay que estar arriba antes de la salida del sol —y agregó— y en ayunas.

Al ver nuestras miradas de asombro, aclaró:

—Antaño, las ceremonias se hacían al amanecer, muchachos, con los primeros rayos del sol.

Salimos con la noche encima. Las débiles luces de las casas iluminaban el deslavado camino de subida y los ladridos de los perros nos acompañaron hasta que se acabó el tramo transitable. Bajamos del carro y entramos en el bosque siguiendo una vereda que ella nos indicaba con su linterna. El musgo cubría las rocas de la angosta e irregular vereda invadida por helechos que, conforme avanzábamos, se volvía más y más resbalosa. Desde las agujas de los encinos el agua de la lluvia de la noche anterior goteaba sobre nuestras cabezas y nos empapaba. Ella sacó su termo y nos convidó una bebida. No era café, pero estaba caliente y dulzona.

—Es para ganar fuerzas —nos animó.

Sin embargo, a los pocos minutos, mi visión se empañó y sentí mi lengua pastosa. Empecé a sospechar. Bajo su guía, el grupo caminaba en silencio. La travesía nos tomó casi una hora. La tenue luz del amanecer nos recibió arriba, en un claro cercano a la pirámide. Desde ahí, la neblina que cubría el pueblo, dejaba ver algunas luces titilantes. Nos vestimos y nos embarramos la cara con la pomada roja, tal y como ella nos instruyó. Mis amigos se sentaron, callados, en los lugares que nos señaló y que coincidían con los puntos cardinales. A mí me indicó que me colocara en medio y con cara hacia el oriente. Antes de que ella tomara su lugar frente a mí, nos pasó el termo otra vez. Yo fingí beber.

Al surgir los primeros rayos del sol en el horizonte, ella se colocó frente a mí y giró para recibir la luz. Tenía en la mano una especie de hacha de utilería y su vestimenta estaba mejor adornada que la nuestra.

—Antes de que el sol nos bendiga con un nuevo día, procederé con el sacrificio. Ella —giró y me señaló con el hacha— es la elegida por las Ayoxochitl (las flores de calabaza), así que ofrezco su sangre a ti, dios Tezcatlipoca, para que tus riquezas me abracen y dejes libre a mi amado Carlos y la derrota y caída de sus enemigos.

Mis amigos estaban extrañamente quietos. Los miré de reojo y vi sus barbillas clavadas en sus pechos. Me asusté.

Estaba sola. Las venas de mi cuello se dilataban siguiendo el ritmo de un tambor interno, mientras mi boca se iba secando. Simulé estar dormida, ahí mismo, sentada en el piso con las rodillas ladeadas, los brazos inermes y la cabeza agachada, pero atenta a todo.

Al terminar su diatriba, me rodeó por el lado norte y se me acercó con el hacha en la mano. La voz de mi maestro de karate atravesó mi mente como un rayo. “¡Usa el impulso del contrincante a tu favor!” A pesar de mi inconveniente posición, logré girar mi cuerpo sobre el lado izquierdo. A tiempo, para quedar casi acostada y alejarme de la trayectoria de su arma que iba directo a mi cuello, alcé la pierna derecha lo suficiente para patearla en la ingle. Patada traicionera, sí, pero no había lugar para cortesías. Ella cayó de bruces, más bien se dobló y, mientras se cubría la entrepierna con las dos manos, soltó el hacha. Me enderecé y, sin perderla de vista, me alejé despacio, mientras ella resoplaba mentando madres con una voz dura. La miré y todas mis dudas se aclararon al instante: era José, no Jose.

El sol iluminaba el sitio. Escudriñé los alrededores y adiviné la barranca hacia el oeste. Él se levantó con dificultad, cubriéndose todavía con una mano sus genitales. Tenía una grima de odio en su cara cubierta de raspones y sangre. Recogió el hacha. La pieza de obsidiana había saltado de su lugar. La observó con furia. De su garganta salió un aullido. Esbocé una sonrisa, me eché para atrás y lo esperé en el borde. Puse la trampa con calma. Fingí debilidad. Ciego de coraje y con aquel palo en la mano arremetió contra mí. Yo, como un torero frente al toro embravecido, me hice de lado y con la derecha le di una última patada en la espalda. Su cuerpo voló rumbo al precipicio.

Me senté en el suelo, levanté la cara al sol y disfruté la victoria. Poco a poco, los latidos de mi corazón regresaron al ritmo acostumbrado. Mis amigos se despertaron una hora después. Desconcertados, preguntaron por “ella”. “Se fue”, les dije. Pero no agregué lo que tenía en la punta de la lengua: “José está con su dios Tezcatlipoca”.

Meses después, cada quién tomó su camino. Yo decidí estudiar biología.

Canoíta

Diana Yoshira Fernández Figueroa

La lluvia comenzó como esas buenas que anuncian los aguaceros de mayo. Era septiembre y los campesinos apreciaron la visita del agua al extremo más seco de Morelos.

A Nidia le gustaba el olor a tierra mojada desde que era pequeña, cuando saltaba entre el lodo y acariciaba las hojas de las plantas dormilonas para velar su fugaz sueño entre las hierbas del camino, que recorría con su prima la Loli.

A sus 12 años, Nidia nunca había visto llover durante tres días seguidos, así que esos fueron los más largos de su existencia. A ratos veía por la ventana los senderos que trazaban las gotas en el cristal. Cuando había un apagón a causa del clima, se sentaba a leer un libro de cuentos que le habían prestado en la biblioteca de la secundaria del pueblo, o desde el porche observaba las calles brillantes de agua.

Al principio era fácil ver los rostros alegres de la gente que extrañaba la lluvia y se emocionaba con lo buena que sería la cosecha. Después, cuando pasaron las horas, las pocas personas que seguían en la calle tenían cara de incertidumbre, caminaban mirando hacia arriba, como si repentinamente dejaran de caer gotas del cielo si había suficientes ojos concentrados en él.

Era 15 de septiembre y a las piñatas que el ayuntamiento colgó como adornos festivos el agua les había arrebatado la forma y el color. Ahora sólo pendían ollas de barro remojado y periódicos apelmazados.

Cuando el río Amacuzac se desbordó hubo un momento inesperado, de silencio absoluto que hacía eco en el alma.

Cada media hora, cuando se actualizaban las noticias en televisión, Nidia veía sollozar a su madre y suspirar a su padre, mientras escuchaban los daños que se multiplicaban por toda la zona sur del estado. Para la tarde del segundo día de diluvio había en su cara morena algo descompuesto, su niñez había terminado al conocer de golpe la desdicha y, sin embargo, hubiera querido reducirse a ser bejuco de canoíta para sortear

las aguas que enfurecidas se llevaban con su rugido la esperanza y el sustento de tanta gente.

A su casa llegó uno de los campesinos que intentaron salvar un poco de la cosecha que la inundación devoraba. El rostro cansado y las manos agrietadas cubiertas de lodo no podían describir lo que pasaba en la parte baja del pueblo.

—Desde el 75 que no se veía algo así de feo en el río, la verdad no pensé que se pusiera tan grave el asunto, yo creí que el aguacero era pura llamarada de petate, pero va pa' largo y la presa de Coahuixtla está que revienta.

—No la haga, don Joaquín, en las noticias dicen que no va a parar pronto este clima y que en otros lugares están igual o peor que uno —respondió el padre de Nidia.

Don Joaquín siempre contaba que los mayores derramaban lágrimas cuando caía el último aguacero del año, porque no sabían si estarían vivos para ver los siguientes torrenciales.

La misma lluvia que hacía llorar a los viejos al despedir el temporal, con sonidos distintos que anunciaban su partida, ahora rasgaba las venas del pueblo. Desbordaba presas, crecía los ríos, el agua de la montaña bajaba a borbollones y perdía su pureza en el cauce, ya no había ribera ni caminos.

Cuando por fin sus padres la dejaron ir con ellos al mirador, Nidia pudo ver el siniestro espectáculo de árboles caídos y tejados flotantes; pensó en el cuento de Tacha y su vaca Serpentina, recordó las lágrimas de agua sucia que recorrían las mejillas de la niña de Rulfo como si ella las hubiera visto y no fueran parte del libro que leyó para pasar de año.

Luego sintió tristeza por su prima la Loli. Ese año ganó el concurso para ser reina de las fiestas patrias, y con lo ocurrido, no tendría coronación, ni caravana, no luciría su vestido blanco con el que no parecía novia, aunque tenía piedritas brillantes y mucha chaquira; ni quinceañera, aunque era esponjado por la crinolina gigante, de esas que pican pero que te hacen ver bien bonita.

Sí que se veía como una reina la Loli y no podría presumir lo que sus papás le habían comprado con tanto esfuerzo, con tantas horas de vendimia en la tiendita más surtida del pueblo que ahora, inundada, era el centro de atención de los curiosos que esperaban que el agua cubriera las últimas ventanas de la casa.

Había llegado el helicóptero para cuando Nidia abandonó sus pensamientos y la gente se amontonaba para murmurar mejor y ampliar la vista del rescate.

Primero sacaron a la prima y a su hermanito, luego a los papás; todos estaban empapados y aunque se veían a lo lejos, colina abajo, la tristeza que salió junto con ellos les llegaba a todos los paisanos a las rodillas, como si también el monte desde donde observaban se hubiera inundado.

En medio de la corriente color chocolate se veían ganado, refrigeradores, árboles con todo y raíz, ropa, estufas y mucha basura. Y Nidia se preguntaba si en medio de ese remolino se encontraría el vestido blanco de la Loli y pensó que si tuviera su vaina de canoa se apresuraría a buscar el ajuar. Sintió culpa por toda la penuria que describían los vecinos contando tragedias ajenas, pero siguió soñando con el ajuar de reina cada día de la independencia, cuando el pueblo callaba las fiestas para vigilar el cauce.

Los caminos que antes eran de tierra quedaron cubiertos de arena.

Gonzala

Adriana Ferreira

Gonzala vive en la Ex Hacienda El Hospital, situada en el Municipio de Cuautla en el estado de Morelos, fue despedida, después de cinco años de trabajo en un restaurante del centro como cocinera. Se separó de su esposo, se quedó con un niño de cinco años y su madre enferma.

Para vivir tiene que trabajar las tierras que le heredó su abuelo. Aprendió a hacer surcos, cortar estacas y plantarlas a quince centímetros de profundidad, rociar herbicida, regar, quemar y cortar la caña con la ayuda del machete. Sus manos le dolían, pero tenía que seguir adelante.

La primera cosecha fue de cinco carros, los cuales apenas sirvieron para pagar el préstamo otorgado por el ingenio, para comer requería de otro trabajo.

Gonzala se propuso esforzarse el doble para la siguiente temporada, necesitaba del dinero para sacar adelante a su familia.

Para ella fue difícil llegar a la edad adulta sin estudios, además, no era bien visto que una mujer se dedicara a la labor del campo, se consideraba trabajo solo de hombres y se sentían intimidados y ofendidos cuando una mujer invadía su territorio, así que los problemas no se hicieron esperar. Don Pancho, el encargado de poner la bomba y abrir la compuerta para que corra el agua a través de los apantles y el riego de las parcelas, apagaba la bomba cuando era el turno de regar la tierra de Gonzala, así lo hizo por varias ocasiones, Gonzala fue a buscarlo para preguntar por qué no había llegado el agua a su parcela, él le contestó:

—Mira, mamacita, si quieres agua, tienes que darme algo a cambio.

Gonzala se dio media vuelta y se alejó con el coraje entripado, ya estaba cansada de lo mismo. Cuando niña llevaba de comer al campo a su papá, los hombres que encontraba a su paso la correteaban, querían aprovecharse de ella, aprendió a defenderse, con piedras y palos, otras veces, cuando trabajaba con ellos, orinaban a propósito frente de ella y si decía algo le respondían:

—¡Si no te parece, lárgate!, este no es lugar pa' viejas.

No sabía qué hacer para que don Pancho le pasara el agua a su parcela, la caña ya estaba sufriendo las consecuencias, así que se armó de valor y volvió a insistir, le respondió:

— Ya sabes mamacita, si quieres agua...

Esta vez fue directamente con el comisariado a poner su queja de la falta de agua, él fue a hablar con don Pancho y le exigió dejar abierta la compuerta, hasta regar la parcela de Gonzala, ella tenía derecho como todos los demás, si no, sería relevado de su puesto, no le quedó otra que obedecer de mala gana, a partir de ahí no le faltó el agua a Gonzala. A veces era la última y se iba más tarde, pero no le importaba, la caña tenía agua. A lo lejos se veía como pasto verde gigante, que se balancea al viento.

Ya entrada la noche, Gonzala se encontraba a un lado del apantle, cambiando la manguera de riego, cuando llegó don Pancho, apenas y podía sostenerse en pie de lo borracho que estaba, al verla y sabiendo que estaban solos, se le fue con insultos.

—Pinche vieja, quién te crees para dar órdenes

Gonzala siguió en lo suyo, y le contestó:

—Mire, don Pancho, deje de molestar y váyase pa' su casa. Don Pancho, sin escuchar siguió caminando con paso inseguro hacia ella, bajándose el cierre del pantalón.

—Las mujeres se hicieron pa' los hombres, ya verás te voy a enseñar lo que es tener un hombre de verdad.

Gonzala dejó de hacer lo que estaba haciendo, lo miró de frente y con machete en mano, le respondió.

—¡Yase lo dije! Váyase pa' su casa, mire, sé cómo defenderme —lo amenazó con el machete—, usted que se acerca y a ver de a cómo nos toca.

Don Pancho avanzó torpemente hacia ella, la tomó de la mano queriendo someterla. Gonzala se soltó con brusquedad, sabía que si él lograba atraparla estaba perdida, dio dos pasos hacía atrás esquivándolo, don Pancho queriendo alcanzarla, perdió el equilibrio, evitando no caer, se fue trastabillando hasta tropezar y pegarse con una piedra a la orilla del apantle, cayendo de golpe al agua. Gonzala lo vio alejarse sin movimiento alguno.

Al otro día lo encontraron muerto río abajo.

Ufff, secuestro al descubierto

Miguel García

Lunes 2 am.

La última página de *Estudio en escarlata*, de Arthur Conan Doyle, se agotaba en mi mirada. La cuarta de forros me indicó que no había más por esta ocasión. La aventura que comenzó en la mañana del domingo, había terminado. Debía dormir cuanto antes. No quería estar cansado en el trabajo. En mi mente, la elocuencia y agudeza mental de Sherlock se oponían a dejarme descansar, pero debía hacerlo. Dejé el libro sobre el buró, apagué la luz y me dispuse a dormir.

Las 7 am llegaron en un parpadeo. “*Quiubo*”. Mi mente me saludaba como cada mañana. “*Ándale, pero ahí estás, leyendo como todos los domingos...*”. Me puse de pie y caminé al baño. Mi trabajo en Walmart me obligaba a presentarme a las 7:40 am, tenía tiempo para prepararme y salir corriendo. “*Se me hace que ya no te bañas, güey*”. Nel, así me voy, además, tengo un presentimiento. “*Ah, ¿sí?, ¿uno más de tus típicos presentimientos de lunes por la mañana?*” Elemental, mi querido Watson. “*¡Óra!*” Necesito un lacayo, un comparsa, un colegionario como dicen los taxistas. “*¡Chale!, Watson es nombre de perro, no mames, Migue*”. Pues desde hoy serás Watson y te jodes, carnal. Y ponte pilas porque ando desvelado y necesito tener la mente bien al tiro. “*Será una más de tus brillantes ideas de escritor frustrado, ¿no?*” ¡Alerta, Watson, necesitamos encontrar un misterio! “*Mejor apúrate*”.

Salí de mi pequeña casa, con mirada audaz. Sí, era parcialmente por el sueño y parcialmente por la necesidad de resolver un enigma. Algo que me hiciera sentir vivo. “*Cada lunes dices lo mismo. Ya ves lo que te dijo el Harpic, siempre tienes buenas iniciativas, pero ninguna terminativa, ¡ja!, luser*”. Ese Harpic qué va a saber, Watson, ¡no manches! Sí, reconozco que es un chingón acomodando los productos químicos, eso sí. Pero, tiene aliento a caño. “*Ni hablar, le apesta el océano, pero de que dice las netas, eso que ni qué*”. Cállate, pinche Watson. Ponte a

las vivas que en cualquier cosa, en el más mínimo detalle, se oculta una verdad terrible o el más sucio secreto. “Mejor hazle la parada al camión, que ahí viene”. Elemental, mi querido Watson, elemental.

Después de pagar los ocho pesos con cincuenta centavos del pasaje, le di una recorrida visual a los pasajeros de la ruta. Buscaba a un mentiroso o mentirosa, un maleante o *maleanta*, una sabandija, en pocas palabras. Había mucho de donde escoger. Los rostros esculpados con la ferocidad del salario mínimo encuadraban perfectamente en cualquier tipo de delincuentes. “*Güey, esa morra te está viendo*”. Tranquilo, Watson, concéntrate, estamos trabajando. De mi pequeña mochila extraje una gorra, no tenía un gorro como el de Sherlock, pero esta de Walmart tiene que funcionar. Total, como dice el gerente de la tienda: Hay que tropicalizar el asunto. “*¿Chale, ese güey qué?, ¿supiste que le tiró el can a la chava nueva de salchichonería?*” Nos contó el Harpic el día del intercambio navideño. Es más, aquí traigo el Moleskine que le regaló a la Naomi y que ella se negó a utilizar. “*Neta creí que no usarías esa mamada, hay veces que no te entiendo, Migue, trae corazoncitos por todos lados*”. Pinche Watson, es un Moleskine original, difícilmente me compraría uno. Además, se lo cambié a la Naomi por unos audífonos de Telcel que me regalaron. Trato justo. “*Si tú lo dices...*”.

Una cuadra antes de llegar a Walmart el tránsito vehicular se detuvo. Miré por la ventana. Estaba descartado que encontraría un misterio a bordo del transporte colectivo. Todos, sin excepción, eran sospechosos de algo, mínimo de ser pobres. Al mirar por la ventana descubrí una cartulina fosforescente, con letras enormes que parecían gritar: Tacos acorazados Tere, por apertura, 2 x 20 pesos. Para la mirada no experimentada de cualquier pasajero eso no era una señal de nada, un simple anuncio. Quizás las lombrices del lector fueran las únicas en reaccionar. “*Nuestras lombrices, querrás decir*”. La ruta avanzaba lentamente, pude mirar cómo preparaban los tacos, apunté en el Moleskine la oferta, aunque sabía que no la olvidaría, la neta quise mamonear que escribía algo en la libreta hipster. “*Se me antojó el de milanesa, apúntale que son con tortillas hechas a mano*”. Supongo que Tere era quien despachaba. Ponía los pedidos de varios tacos en una bolsa transparente con una carita feliz estampada en ella. Sin duda, su oferta era mejor que cualquier tratado humanitario en busca de acabar con el hambre.

La ruta avanzaba lentamente. A lo lejos pude ver a una señora con una bolsa de la carita feliz. Vestía sudadera color azul, y pantalones de mezclilla. De la bolsa frontal de la sudadera sacó algo parecido a una roca. Inmediatamente se me hizo sospechoso. No había puerta, ni portón, nada, sólo la barda. Y ella ahí sacando una piedra de su bolsa. Seguí mirando con más atención. “¿Ora, qué te pasa?” Manoteé para indicarle a Watson que no estuviera chingando. Mi olfato de sabueso se estaba despertando, lo sentía. La señora de la sudadera golpeó con la roca tres veces la barda, justo en medio de la letra o de Comex. Inmediatamente hice lo que Sherlock haría: lo apunté en el Moleskine. “¿Viste, güey?” Elemental, eso es sumamente extraño.

El paso lento del camión nos otorgaba una vista privilegiada del hecho sospechoso. La señora de la sudadera siguió andando. Treinta o cuarenta metros más adelante una pequeña ventana se abría. La ruta se emparejó a la señora y por unos segundo avanzábamos a la par. La señora se detuvo frente a la ventana, estiró los brazos y unas manos desde el interior le recibieron el bulto sonriente. El camión se alejó al tiempo que la señora regresaba sobre sus pasos y la ventana se cerraba. “¿Sherlock, cuántos tacos calculas habría en esa bolsa?” Pequeño bribón, ya me dices Sherlock. Watson, en esa bolsa calculo no menos de 10 tacos, con nopales y salsas. No estaría extralimitándome en mis conjeturas, si te aseguro que había salsa de las dos, roja y verde. Continuamos en silencio, estaba seguro que existía un misterio ahí, oculto ante la mirada aburrida de una ciudad apática. Minutos más tarde, llegamos a Walmart.

—¿Qué onda Migue?, chidas tus ojeritas eeh. —Los saludos del Harpic, siempre eran pendejos.

—Me desvelé leyendo, mano.

—¿Qué raro, no?, ni te gustan los libros.

“Pinche Harpic, háblame de lado, no manches”. Tranquilo, Watson.

—Voy a checar en chinga, Har, ahorita nos vemos.

—Ya vas, Miguelón.

No podía apartar de mis pensamientos aquella escena. Esos golpes en la barda, las manos que tomaban la bolsa, no había puerta, ni portón. Eso debía ser... “Ya dilo, güey”. ¡Una casa de seguridad! Seguramente tenían secuestrados ahí y les daban de desayunar tacos. “¿Pos qué finos, no?” Debes pensar mal. Esa es la regla. Bien lo dice el refrán: piensa mal y acertarás.

“No pues, es que sí son un buen de tacos”. Elemental, mi querido Watson.

El día pasó sin pena ni gloria. Me apuré a dejar todo en orden en los anaqueles. Insisto, soy un chingón acomodando todo. Pasó la Noemí a saludar. “¿Oliste su perfume?, es nuevo”. Watson, no tengo tiempo para otras pistas, tenemos un gran caso ante nuestras narices y tú pensando en el perfume de la Noemí.

Tan pronto salimos del trabajo, abordé el transporte esperando recabar nuevas pistas que me llevaran a desenmascarar la peligrosa banda de secuestradores. Pensé, mientras el chofer del transporte me decía: recórrase hacia atrás. ¿Qué? Debía bautizar a la banda, sería yo quien daría la noticia, por fin la suerte me sonreía y ahora necesitaba un nombre pegajoso. Un nombre de impacto, que sólo de escucharlo pusiera a la opinión pública con los pelos de punta. Me acordé de mi amigo Efraím, él siempre tenía ideas interesantes, pero hace años que no lo veía. Ahora es un afamado escritor que vive en CDMX. El camión pasó por la misma calle. Ahí estaba la ventana cerrada. “Fíjate bien, los vidrios están pintados de negro”. Caray, Watson, por fin comienzas a ser útil. “Apúntale en tu libretita, pa’ putos”. Esa tarde, repasé nuevamente el libro de Doyle buscando algunos tips del sabueso más conocido de la historia. Tenía que avanzar en mi empeño por desenmascarar a la peligrosa banda de secuestradores. “Ya mejor duérmete”.

Martes 7 am.

Córrele, Watson, ahí viene la ruta. “¡Joder! Mínimo dame algo de desayunar”. El camión no se detuvo en la parada. No era la primera vez que sucedía. Saqué el Moleskine y apunté el hecho. “Desde que eres detective, te da por anotar todo”. Dos minutos más tarde pasó el siguiente vehículo y abordamos. “Ojalá que nos toque tráfico, para seguir descifrando el misterio”. Ya veremos, Watson, debemos conservar la calma. Cuando pasamos por aquella barda con el logotipo de Comex no estaba la señora, pero mi mirada agudizada pudo ver una piedra tirada ahí justo abajo de la letra o ¡Bajan! “Güey, vamos a llegar tarde”. Descendimos de la unidad y corrimos hacia el lugar. Me asomé por aquella ventana y no se podía observar hacia adentro. Los cristales habían sido pintados con pintura de aceite de color negro. “Quiénquiera que los haya pintado, su idea era impe-

dir que se pudiera mirar a través de ellos”. En efecto, mi querido Watson. Tomé la piedra y golpeé en la pared. El ladrido de un perro se escuchó detrás de la barda. Solté la piedra al ver que la señora del día anterior aparecía por la calle con un bulto similar al de ayer. Disimulé mirar mi reloj. “No tienes reloj”. Me alejé despacio, dándole la espalda a la señora. Escuché tres tongs. Pasé enfrente de la ventana que permanecía cerrada, avancé un poco más. Era ahora o nunca. El pulso se me aceleró. Fingí la recepción de una llamada en mi iPhone. “Es un Nokia, no manches, Migue”.

—¿Hola?, dígame, ¿en qué puedo servirle? —Del otro lado del teléfono no había nadie, pero la señora misteriosa no lo sabía. De reojo la vi detenerse. Puso su mano en la ventana para evitar que se abriera.

—Es número equivocado —exclamé.

Aceleré el paso al ver que venía otro transporte. “¿Qué pasó?, era el momento de revelar el misterio”. Watson, está claro que la señora y sus secuaces esconden algo tras esa ventana. “El nerviosismo la delató”. Elemental, mi querido Watson.

Llegamos tarde a la chamba y el gerente me mandó llamar. Me puso una buena regañada. Todo quedó ahí. Él sabe que soy un excelente elemento y pareció entender. Ese día trabajé con más ganas. Con una motivación extra, pues sabía que estaba a punto de descubrir a una banda de secuestradores muy peligrosa. Por primera vez en mi vida sentía orgullo de mí mismo. “Yo, no”.

Al salir de la chamba, Noemí me habló. Había lágrimas luchando por mantenerse en sus ojos. De un momento la marea cristalina ganaría la batalla. Me pidió platicar. Le dije que mejor otro día. “Culei”. Yo no tenía tiempo para oír problemas ajenos. Esta noche tenía que dormir muy bien, estar concentrado. Mañana descubriría el enigma. Seguramente, Cuauhtémoc Blanco (gobernador del Estado) me entregaría alguna medalla al mérito ciudadano o mínimo las llaves de la ciudad. “Pinches secuestradores”. Es correcto, Watson.

Miércoles 6 am.

Puse el despertador más temprano. Pero no fue una buena idea. Me sentía desmañado. Watson, ¿estás ahí? No tuve respuesta. Me apresuré a salir de casa, esta vez no habrá problemas al abordar el camión. Me entrevistaría con doña Tere,

necesitaba saber cuantos tacos vendía y terminar de atar cabos. Abordé la ruta y me bajé a pocos pasos de su negocio.

—Buenos días.

—Buenas, joven. ¿De qué le damos? Le recomiendo el de cochinita, está buenísimo.

—Deme uno de cochinita y una Coca.

Me senté en una de las mesas más apartadas de la entrada, junto al refrigerador. “Debiste comprar un periódico, o algo, para taparte el rostro”. Ya volviste Watson. El taco de cochinita estaba buenísimo. Pedí una cuchara para comer lo que se había desbordado en el plato.

—¿Qué le pareció, joven?

—Buenísimo, y muy bien servidos. Con razón vende muchísimo.

—Gracias, joven. Yo no lo había visto por aquí.

—Es la primera vez que vengo, pero paso por aquí todos los días. Por cierto, veo que tiene clientes que se llevan por bolsas sus tacos. Es un éxito.

—Sí, nos ha ido bien, gracias a Dios.

“¡Lo sabía!” Tranquilo, Watson, lo único que hemos hecho es reafirmar nuestras sospechas. Cuando estaba por terminar el último bocado, apareció ella. “Misma sudadera azul”.

—Hola, Clau.

—Hola, Tere, ¿me puedes dar esta vez sólo de cochinita?

—¿Los diez de cochinita?

—Sí, Tere, por favor.

“¡Diez!, Migue, mejor llama al 911, debe ser una banda enorme para tener diez secuestrados”. Ya veremos qué sigue, Watson. Tranquilo. Debemos estar enfocados. Acuérdate de comprar una lupa, siento que nos podrá hacer falta. “¿Una lupa?, tas loco, mejor pide otro taco”. Me voy a hacer menso con el refresco para seguir a la señora.

Cuando le entregaron su pedido a la misteriosa señora Clau, pedí la cuenta y rápidamente pagué con cambio. “Valen cada peso”. Es correcto, Watson.

Seguía con cautela a la misteriosa Clau. A una distancia prudente pude ver cómo sacaba la piedra de la sudadera y golpeaba tres veces en medio de la O. Tong, tong, tong. Esperaba unos segundos y seguía caminando rumbo a la misteriosa ventana. Era momento de dar una carrera, empujar a Clau y asomarme por la ventana, para revelar el misterio. “¡Órale,

Migue!”. Es ahora o nunca, agárrate bien, pinche Watson, que el encuentro con el misterio va a estar cabrón.

La ventana se abrió de par en par, no fue necesario empujar a Clau, dos metros antes de que la pudiera empujar volteó al escuchar mis pasos. Se espantó, alzó los brazos y dejó caer la bolsa con los diez tacos y salsas. Brinqué y me agarré de la base de la ventana, con los ojos bien abiertos para saciar mi curiosidad. Una chiquilla se espantó de ver mi rostro tan cercano. Ella esperaba el bulto feliz y no mis ojos inyectados de curiosidad desmedida. Recorrí la pequeña habitación con mi mirada y ahí lo vi. Un hombre desparramaba su humanidad en un colchón que había perdido la batalla. Un hombre de tal vez trescientos kilos, con una manguera conectada a la nariz, con la deformidad propia de la carne desparramada. Estaba ahí, esperando, salibando, hambriento. El llanto de Clau me sacó del shock. Me aparté de la ventana con vergüenza. “Ya la súper, mega, cagaste, carnal”. Clau me miró con odio, la escena era confusa. Escuché un sinfín de palabras altisonantes. La bolsa de los tacos seguía en el suelo. Me asestó una cachetada en la mejilla derecha. Unos gritos ininteligibles salían de la ventana. Repetí varias veces la palabra perdón y corrí rumbo al trabajo. “Ufff”.

El espejo que me mira

Pilar Hernández

El día que me mudé a la ciudad de Cuernavaca ya no soporaba el frío ni las lluvias constantes de la capital. Mi alergia estaba cada vez peor, por lo que el médico me aconsejó un clima cálido. Una amiga morelense me recomendó alquilar un departamento cerca del zócalo. Debo decir que no estaba del todo convencida, pues el piso se encontraba en la planta alta de un viejo edificio, rodeado del ruido del transporte y vendedores. Pienso que el departamento no estaba del todo mal, tenía un aire antiguo. Contaba con grandes ventanales que eran cubiertos con gruesas cortinas de un rojo intenso que opacaba la claridad. Había un comedor de hierro forjado y sillas a juego. La habitación principal me dejó impresionada por su elegancia y belleza. Lo que más resaltaba era un gran espejo ovalado y chapado en oro. Me miré por un instante y un intenso escalofrío recorrió todo mi cuerpo, mientras observaba mi reflejo, algo nebuloso se presentó ante mí. Mi corazón palpitó de forma acelerada, apenas pude contener un grito al ver con claridad la sombra de una mujer. Cerré los párpados y di un respiro. Al abrirlos, aquello ya no estaba. Supuse que era parte de mi imaginación, producto del cansancio.

A la mañana siguiente me senté junto al espejo, y noté que había un cepillo con un mango parecido que parecía hecho de marfil. Cepillé el largo de mi cabello y una sensación de placer me invadió como si me acariciara el alma. Una, dos, tres... hasta diez veces, hasta que quedó liso y suave. En cuanto dejé de cepillar, el reflejo de mi imagen quedó estático, mirándome fijamente a los ojos. Ante tal extrañeza no pude encontrar lógica, mi reacción fue aún más extraña, no tuve temor alguno. Para armonizar tal acontecimiento, toda la habitación se perfumó de un exquisito aroma a gardenias.

Decidí salir a la calle para recorrer la ciudad y dejar de lado mis posibles desvaríos. Recorrí todo el centro, fui directo a la catedral, y de pronto saltó de mi mente la idea de ir a visitar el panteón. Tomé un taxi rumbo a una colonia muy popular y

con muchos rumores, no por sus fantasmas, sino por su mala fama, al igual que las colonias y barrios de la ciudad. El taxista resultó ser un parlanchín. Se la pasó hablando todo el trayecto. Ignoré muchos de sus comentarios, pero hubo una anécdota que llamó mi atención y enseguida le pedí que me contara a detalle:

—Dice la leyenda, señorita, que en las noches se aparece una mujer a los taxistas y que les pide la lleven al panteón de la colonia donde usted va. ¿Va a visitar algún familiar?— el taxista interrumpió abruptamente la historia.

—Sí algo así —el conductor me miró con extrañeza.

—Aquí la dejo, señorita.

—Bien, gracias.

Ahí estaba yo. Justo en la entrada del panteón. Entré con mucho sigilo y de pronto me sentí como en casa. El viento parecía murmurarme al oído. Recorrí varias hectáreas y no encontré lo que buscaba. El viento seguía susurrando. —Espejos, busca espejos —decía. A mi paso me encontré con un señor que estaba limpiando una tumba abandonada:

—Disculpe, estoy buscando la tumba de los espejos.

—Huy, señorita ya está muy deteriorada, pero ahí la va a encontrar, al final de este corredor y de vuelta a la derecha.

—Gracias.

Así fue. La encontré casi hecha ruinas, con los cristales opacos. Lo que llamó mi atención es que el mausoleo estaba custodiado por ángeles y flores que persistían frescas y con olor a gardenias. El aroma me causó extrema inquietud, más lo que me sobresaltó fue la fotografía en blanco y negro que estaba junto a uno de los cristales de la cripta. Era una mujer con rostro fino y ojos muy expresivos, por supuesto, una larga cabellera. En la fotografía había un claro detalle que me hizo volver enseguida, pues reconocí el cepillo al que yo le había dado uso esa misma mañana. Volví de inmediato al departamento. Entré a la habitación, me senté junto al espejo, tomé el cepillo, desaté mi cabello y comencé a peinarlo, uno, dos, tres y diez veces, ella apareció en el espejo, mirándome fijamente a los ojos. Siendo la media noche, tomé un taxi y le pedí que me llevara al panteón de la Leona, mi casa.

El milagrito

Cynthia Karina Jiménez Zamora

A los pobladores de Totolapan les cayó la sequía, desesperados le pidieron ayuda al santo patrono. Afuera de la iglesia se congregaron con veladoras, alimentos, flores y ofrendas de barro. El sacristán abrió las puertas del recinto y depositaron los presentes en el altar, luego, con las rodillas pegadas en el suelo de tierra, rezaron con mucha fe pidiéndole al santito que llegara la lluvia.

Los días pasaron, en los que después del canto del gallo, se asomaban por las ventanas con la esperanza de ver mojada la tierra, pero sólo vieron un paisaje árido, nada en el horizonte cambió.

Por la noche las mujeres bailaron con cascabeles en las piernas y una gran cruz de flores, mientras los hombres derramaban mezcal por la boca, imitando a la lluvia.

Más tarde, todos partieron a sus casas, pero llegando a ellas, vieron que la comida comenzaba a escasear. Desanimados y con hambre durmieron con el estómago vacío.

Al día siguiente cabras, ovejas y cerdos amanecieron muertos, así como animales de carga, ya que el arroyo no pudo nutrir los sembradíos.

Cansadas por la sequía, las mujeres prepararon salsas hechas en molcajetes y metates acompañados de nopales y quelites que les habían quedado de las pasadas cosechas, llevando a la iglesia cazuelas acompañadas de tortillas de cinco bellos colores, pero la lluvia no cayó y la tierra comenzó a cuartearse.

Pascual, un niño de diez años de esa comunidad, con su sombrero y jorongo de colores fue a visitar al santo patrono.

—Buenos días —saludó al sacristán.

Rezó con mucha fe y le pidió que mandara la lluvia a su pueblo.

—Ándale, santito hazme el milagrito —le dijo con sus ojitos cerrados.

Por las prisas y la emoción, olvidó su sombrero en un reclinatorio. Salió de la iglesia y cuando llegó a su casa, les dijo a sus

padres que pronto llegarían las aguas a Totolapan, pues habló con el santo y él le cumpliría su deseo. Ellos con desánimo movieron la cabeza asintiendo y continuaron comiendo un plato de frijoles con queso, tortillas y unas frutas con amaranto.

—¿Y tu sombrero? —le preguntó su madre.

—¡Lo olvidé en la iglesia! —exclamó.

Al otro día Pascual se levantó temprano, justo cuando un rayo de sol le pegó en los ojos, brincó de la hamaca, se colocó sus huaraches y abrió la puerta de su jacal, pero encontró la tierra totalmente agrietada.

—No llovió —dijo con tristeza.

Decidió ir a la iglesia por su sombrero. Llegando a la puerta se persignó y lo buscó por todas partes, pero había desaparecido. Suspiró y con desánimo regresó a su casa.

Totolapan se iluminó en tonos dorados y escarlata acompañados de viento caliente y sopor. Los animales comenzaron a inquietarse echándose sobre sus patas, hambrientos y fatigados, por lo que fueron llevados a una comunidad vecina para comer y beber. La sequía cayó como una plaga sobre el pueblo.

Pascual se desesperó al ver a sus padres tristes, que con un paliacate, se enjugaron el sudor que brotó de sus cuerpos, aventándose aire con un abanico de paja. Pensó en llevarle una ofrenda al santito despojándose de su único juguete con el que se había entretenido por las tardes. Regresó a la iglesia y con fervor le depositó en el altar su balero.

—Santito, no seas malito, ya cúmpleme el milagrito —le dijo.

Sabía que esta vez no podía fallarle, ese juguete le garantizó horas enteras de diversión y era la cura perfecta para el aburrimiento, sólo tenía que esperar el amanecer, ver tierra mojada y aspirar el olor a petricor.

Esa tarde soñó con una tormenta muy fuerte, acompañada de rayos que iluminaban la oscuridad del pueblo de Totolapan.

Durante la mañana su madre lo despertó para comer un poco de lo que habían conseguido a través de un trueque, una oveja desnutrida a cambio de unos costales repletos de granos, frutas, frijoles y maíz.

—Come bien —le dijo su madre.

Sonrió al ver abundante comida sobre la mesa, pero al salir de su jacal su ánimo decayó al ver que el santo patrono no le había cumplido su petición. Tomó su cuaderno y un lápiz con poca punta, trató de concentrarse en hacer sumas y restas que

le habían dejado de tarea y con los ojos bien abiertos, comenzó a mover sus dedos, contando una y otra vez, pero no pudo hacer ninguna operación, pues su mente estaba en otra parte. Pensó en el santo patrono jugando con su balero como él lo había hecho muchas veces.

—¿Estará jugando con mi balero? —se preguntó.

La tristeza se plasmó en su cara y suspiró, pues extrañaba su juguete, pero luego sonrió al imaginarse que hizo lo correcto, pues él y su familia tendrían trabajo y alimento en la mesa.

Al día siguiente volvió a la iglesia y llegando al altar se percató de que el balero había desaparecido.

—¡Al santito le gustó mi regalito! —pensó.

Salió de la iglesia y corrió en busca de sus padres para decirles que el balero ya no estaba en el altar, porque el santo había jugado con él.

—¡Mañana seguro llueve! —gritó.

Corriendo y saltando llegó a la milpa y le dijo a sus amigos y a sus padres que el santo cumpliría su petición, pues le había regalado su balero. Sus amigos lo miraron y se entristecieron, porque no tuvieron con qué jugar. Nuevamente pensó en el ruido que haría la lluvia cuando comenzara a caer, pero los únicos sonidos que se escucharon fueron de búhos que ululaban y algunos ladridos de perros del otro lado del monte.

Esa noche durmió poco. Casi de madrugada, se levantó todo amodorrado para abrir la puerta de su jacal, viendo nuevamente que la tierra estaba resquebrajada y polvorienta. Unas lágrimas brotaron de sus ojos recorriendo sus mejillas coloradas como manzanas. Se limpió el rostro con un paliacate y volteó a ver a su madre que molía grano en el metate. Pascual no se daba por vencido así que se dirigió al fogón, tomó una cazuela llena de amaranto y fue a ofrecérsela al santito.

—Ojalá te guste —le dijo al santo patrono.

Al salir del templo comenzaron a caerle unas gotas de la anhelada lluvia, que mojaron su cabeza y su piel sudorosa. Regresó a la entrada del recinto y vio que la cazuela de amaranto había desaparecido.

Cuando llegó a su jacal, el agua se había convertido en chubasco y sus padres observaban maravillados el agua caer.

—¡Al santito le gustó mi balero y la cazuela de amaranto que le llevé! —les gritó.

Ellos rieron y se abrazaron con la seguridad de que el alimento y el trabajo no faltarían, su santo patrono no les había

fallado y estaban orgullosos de que el intermediario había sido su hijo Pascual. Los animales alborotados caminaron bajo la lluvia moviendo sus cabezas. Los niños corrían, gritaban y se lanzaban pedazos de tierra húmeda, todo era felicidad en el pequeño pueblo. Sabían que las cosechas cambiarían de un color café oscuro a uno verdoso brillante y brotarían los alimentos de las milpas. Crecerían elotes, quelites, frijoles, chiles y calabaza, y estas cosechas permitirían a las familias comer durante todo un año hasta el nuevo ciclo de la siembra.

Y mientras Pascual, sus padres y todo el pueblo de Totolapan festejaron la caída de la lluvia, el sacristán de la iglesia con sombrero y un balero en la mano, daba gracias al santo patrono por la sequía y se relamía los bigotes llenos de amaranto, mientras se rascaba la prominente barriga.

Un día de tantos

I. Xóchitl López Huerta

La tenue luz se filtró por las ventanas justo en los ojos de Laura, despertándola. Se levantó y se dio cuenta de que se había quedado dormida con la ropa puesta. Como casi todos los días, el llanto había vencido al sueño. Con un gesto como mueca y un tronido de la boca, se fue directo al baño antes de que su madre la regañara por no cambiarse. Dejó caer un buen rato el agua sobre su cuerpo mientras cerraba los ojos. Tratando de consolarse un poco, se enjabonó muchas veces para que con el fuerte tallado barriera el hastío que sentía por ella misma.

Se le hacía tarde, desayunó algo rápido, tomó su mochila, que ya se encontraba lista desde el día anterior, y se despidió de su hermanito:

—Nos vemos, chaparro, pórtate bien— lo abrazó y le mandó besos con la mano.

Fue a despedirse de su mamá. Lo hizo rápidamente para que no le viera las huellas de llanto: quería evitar otra discusión. La besó en la mejilla sin esperar respuesta. Sin mirarla a los ojos le dijo:

—Nos vemos, ma. —Y salió corriendo.

La madre le gritó, tratando de alcanzarla:

—¡Nos vemos! Dijo más bajito para sí... —cuídate hija.

Llegó puntual a la escuela, y tomó con atención cada clase a pesar de que a veces le abrumaban. Tratando de protegerse de todo el mundo se convertía en una fiera ante cualquier provocación. En el día intentaba mantenerse al margen, para aparentar que nada grave pasaba.

A la salida de la escuela, un par de chicos la saludaron. Ella contestó con su mano y una débil sonrisa. Uno de ellos, acercándose, le hizo plática, que ella rechazó, despidiéndose. El muchacho insistió y la invitó a salir, a la vez que le acarició furtivamente una mejilla, Laura le quitó de inmediato la mano.

—Vamos al cine, le dijo el chico más alto. A la vez que la apretó fuerte intentando abrazarla. Ella se negó, se zafó con un fuerte movimiento.

—¡No, no quiero! ¡Déjame en paz!, dijo ella. Volteando solo la cara para contestarle sin dejar de caminar.

Riéndose burlescamente, la alcanzó y la tomó por el brazo con fuerza. —Sí, si vas a querer. Dijo él.

Ella trató de esquivarlo una vez más, pero él la cercó contra la pared. Obligándola a aceptar. Mientras el otro chico los veía riéndose. Con el enojo y miedo en su rostro, Laura le decía que no quería salir con él y que la soltara, forcejeando, sin lograr zafarse. Un maestro que salía de la escuela vio la escena y al darse cuenta de la situación, le dijo con voz ronca e imponente:

—¡Suéltala! ¿Acaso no sabes respetar a las mujeres y a sus decisiones? Si no quiere, ¡déjala en paz!

Sin contestar, los tipos se marcharon de mala gana. El agresor, mientras se alejaba, lanzó una mirada a la par furiosa y cobarde hacia Laura, y se acercó a otro grupo de chicas que muy entretenidas reían muy ruidosamente.

Laura le dio las gracias al maestro. Mientras se subía al coche y movía la cabeza negativamente, su defensor le dijo:

—Es que estos chicos no entienden...Nos vemos. ¡Cuidate mucho, Laura!

—Hasta mañana, maestro, y gracias...

Otras veces había tenido que defenderse sola, esta vez la suerte le ayudó.

Laura se alejó rápido de la escuela rumbo a su casa, pero sus piernas, adoloridas por los golpes recientes de la noche anterior, se quejaron. Tuvo que detenerse, se recargó en un muro, esperando a que pasara el dolor. Volteó a todos lados para cerciorarse de que nadie la viera, entonces levantó levemente su falda, echó un vistazo a la piel inflamada aún, que ya empezaba a amoratarse, y después se sobó.

Siguió su camino, cojeando un poco. Recordó lo sucedido y suspiró hondamente mientras contenía una especie de burbuja en el pecho que le dolía y que se quedaba atorada. Su padre que había llegado ebrio a casa —como casi siempre—, sin aparente provocación se abalanzó sobre su hermanito, que ayudaba a su mamá en la cocina, golpeándolo, mientras le gritaba:

—¡Luis, no tienes por qué ayudar!, ¿Qué no entiendes? ¿Quién te crees, pendejo? ¡Eres un estúpido! ¿Quién te crees? repetía sin parar de golpear y gritar.

Laura, ante la mirada impávida de su madre, sin pensarlo, se apresuró a defenderlo. Finalmente ella fue la que recibió todos los golpes, sin que su madre hiciera nada por detenerlo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas que limpió con rapidez y energía. Y caminó por la larga banqueta de esa ciudad morelense que a diario conocía de sus penas, aguantando el llanto, absorbiendo en sus pensamientos.

Al llegar a su casa, solo entrar, sintió el aire áspero que le causaba tener que vivir ahí, con una familia que no sabía cómo amarse ni respetarse. Aprovechó que no había nadie en casa para estar tranquila. Pensó en su hermanito, en lo mucho que lo quería y en la mala educación que le daban sus padres. Él era un buen niño; sin embargo, iba directo a convertirse en un machista grosero. Sin duda, lo estaban echando a perder. Se enojó mucho y, sin más, tiró la ropa que estaba doblando, y azotó fuerte la puerta al salir.

Fue con Jimena, una vecina de su edad que no estudiaba, ni trabajaba, ni ayudaba en casa, pero sí escuchaba música a todo volumen diariamente, además de que pasaba horas maquillándose y peinándose. A su madre no le gustaba esa compañía. A Laura no le importaba, porque su amiga siempre la escuchaba y se platicaban sus cosas. Además, en todo caso, le daba igual. Tampoco a sus padres les importaba lo que le estuviera pasando.

Entre confidencias y risas, pasó largo rato con la vecina. De repente se dio cuenta de que su hermano habría llegado a su casa y que no habían comido aún. Al principio no se preocupó mucho. Más bien su verdadera preocupación era que si llegaban a cacharla, con seguridad recibiría otra golpiza. Enojada, se decía: “A lo mejor esta vez me la merezco”. Contrariada por lo que acababa de pensar, se le hizo un nudo en el estómago, pues estaba segura de que los golpes eran injustos, pero se vio atrapada, sin darse cuenta, en decir que los merecía.

Tal vez tenían razón al enojarse, pero nada más. Laura era incapaz de darse cuenta plena de que nadie merece ser golpeado, ni de recibir cualquier tipo de intimidación. Ella estaba inmersa en la aceptación interna oculta y oscura de la violencia. Así que sólo se limitó a sentirse incómoda con sus pensamientos.

Su comportamiento rebelde era como un juego rudo. Eso de portarse mal le producía cierta alegría, sentía que se vengaba y que aplacaba su dolor, la incertidumbre por su crecimiento y la angustia por la vida. Cuando llegó a casa, tuvo una acalorada discusión con su hermanito que le reclamaba que lo dejara solo y sin comer; a su vez, ella se quejaba de que no la

dejara en paz. Finalmente, ambos se necesitaban, así que terminaron la discusión con un abrazo sincero entre sollozos.

—Bueno, bueno, hermanito, vamos a comer; te preparo algo rico, ayúdame, chaparro— dijo ella.

—Está bien, pero ya no me dejes solito, y también juegas conmigo, ¿sí?— contestó el hermano.

Esa noche fue muy tranquila: no hubo infierno, no hubo más violencia. Cuando ya los dos se habían quedado dormidos en el pequeño sillón con la televisión encendida, su madre llegó del trabajo; quiso gritarles, desquitar toda su furia con ellos, regañarlos y golpearlos por dejar el televisor encendido, pero estaba tan cansada que no pudo. Los despertó y sorprendentemente cariñosa, con un beso, les pidió que se fueran a su cama. Ella también lo hizo, después de cenar. Tampoco para ella hubo gritos, ni discusiones, ni golpes esa noche, su esposo no llegó a dormir.

Canicas

Servando López Quiroz

Cuando terminé la primaria, mis papás nos mandaron de vacaciones a casa de mis tíos Adolfina y Felipe, en Totolapan. Durante nuestra visita, los tíos nos llevaron a conocer el parque de los venados de Nepopualco y también visitamos el pueblo y sus alrededores. El viaje resultó inolvidable. El parque de los venados de Nepopualco es un parque turístico de zonas indígenas, en él se puede practicar senderismo y campamentos. Mi tío Felipe, mi hermano Max y yo subimos a las tirolesas. Fue una tremenda emoción deslizarnos sobre las paredes de la montaña y las profundas gargantas de las cañadas. El aire fresco y húmedo de las alturas elevó aún más nuestras emociones. Después, recorrimos un sendero cuesta arriba para situarnos en el lugar más elevado del parque y llegamos a un imponente mirador panorámico, donde alcanzamos la cima del bosque, por encima de las montañas y las nubes. El administrador nos comentó que, cuando está despejado el día, se puede divisar desde este sitio, la mitad del estado de Morelos. Decidimos entonces hacer una postal, yo con el teléfono celular y mi tío se encargó de tomar las imágenes con la cámara fotográfica. Algo que nos llamó mucho la atención fue que en las tomas aparecían unos pequeños halos de luz flotando.

Al regreso, mi tía Adolfina nos tenía reservada una grata sorpresa; había conseguido unas zanahorias frescas para alimentar a los venados cola blanca —la atracción principal del parque—. Nos acercamos a las rejas para acariciarlos mientras comían, entre ellos estaba un macho de gran figura, con abundante cornamenta, un macho joven y varias hermosas hembras. Algo que alcanzamos a observar fue que los venados movían desde su cabeza hasta la cola como queriendo sustraerse de una caricia invisible o de una cosquilla interminable que se dibujaba en su espalda. Después de allí, mis tíos nos llevaron a ver una pequeña clínica naturista donde dan tratamientos de acupuntura, baños medicinales de temazcal y masajes terapéuticos, relajantes o deportivos.

A continuación, conocimos el museo de Interpretación Ambiental. Allí observamos la flora y fauna endémica de la región, los productos agrícolas, y los nombres científicos, familias e historia de los frutos y los animales del estado de Morelos. Me llamó la atención el teporingo o conejo de los volcanes, que habita entre las faldas de las montañas. Los árboles más comunes de la región son: el ocote, fresno y encino de cuyas cortezas, raíces, hojas y flores, se hacen curas para el dolor de muelas, estómago, inflamaciones, cicatrizaciones entre muchas otras.

Hacia el anochecer estábamos de regreso a casa de mis tíos. Max y yo pedimos permiso para salir a jugar canicas, encontramos en el camino un sendero alumbrado con un farol. Ahí, estaban jugando unos niños pequeños con cabeza grande, orejas puntiagudas y pies largos. Tenían la piel más clara unos que otros y una voz gangosa. No les pudimos ver la cara.

Nuestra impresión al encontrarlos fue de miedo y desesperación; quisimos correr, huir de inmediato, pero permanecimos quietos mientras ellos nos miraban a través de sus ojos brillosos. Lo primero que vino a mi mente fue tomar a mi hermano y rezar un Padre Nuestro. Ellos soltaron una sonora carcajada al vernos asustados. Uno de los duendes dijo: “Saben, niños, quizás sientan temor porque nosotros somos diferentes a los demás; pero cuando nos conozcan se van a divertir mucho. ¡No se preocupen!, además los vamos a cuidar y proteger”.

Finalmente decidimos permanecer con ellos. Dibujamos en la tierra un círculo grande dentro del cual incorporamos las canicas. Se trataba de sacar el mayor número de canicas del círculo mediante la canica de tiro de cada jugador, entre más canicas sacadas, más canicas ganadas. Si la canica de un tirador en turno queda dentro del círculo y otro participante lo quema con su tiro, queda muerto y salía del juego. Había diferentes formas de canicas: agüitas, tréboles, ponches, pericos, ágatas y bombones. Unas eran más apreciadas que otras.

Resulta que cuando el juego finalizó, les habíamos ganado gran parte de las canicas a los duendes, y se fueron muy enojados pegando gritos y alaridos. Después vimos entre la oscuridad de la noche unos halos de luz semejantes a los de las fotografías del mirador de Npopualco.

A la noche siguiente volvimos al mismo lugar y ahí estaban ellos. Mientras jugábamos les preguntamos a qué se dedicaban, ellos nos contestaron: “a cuidar los montes y los animales”.

—¿Y cómo es que cuidan los montes y los animales? —les preguntó Max.

—Nosotros —respondieron —podemos hablar con la lluvia, para que baje y ayude a crecer más rápido el maíz, cuidamos que no se acerquen los ladrones o los animales salvajes a las cosechas cuando sabemos que desean hacerles daño.

—¿Ustedes también juegan con los animales como con nosotros? —Les pregunté.

—Sí —respondieron —lo hacemos principalmente con las aves, los caballos, los perros y gatos. Con los caballos hacemos nudos en sus crines como columpios y nos tiramos maromas desde su cabeza hasta su cola, ustedes ya nos vieron cuando estuvieron en el parque de los venados de Nepopualco. ¿Se acuerdan de la línea en medio del lomo de los venados? ¡Pues, la hicimos nosotros!

A la mañana siguiente, comentamos con mis tíos lo que había sucedido con nuestros nuevos amigos. Ellos nos dieron una explicación de lo que son esos seres y comprendimos que existen en todas partes.

—Ellos disfrutan haciendo travesuras y su naturaleza es dual: material y espiritual —comentó mi tío Felipe —en México los conocemos como: duendes, aluxes o chaneques —y abundó— no hay que tenerles miedo, pero si hay que portarse bien. ¡Los que se portan mal pueden ser castigados y llegan a perderse!

Mi tía comentó que en cada casa hay un duende, y dijo —cuando tienes una pesadilla el duende se ha sentado en tu cabeza y deben saber que los dulces que tenemos en la alacena no tienen sabor, porque a los duendes les encanta el dulce y absorben toda su esencia, solo las pasas no les gustan.

—También son muy traviesos —mencionó— a cada ratito mueven objetos, los esconden o cambian de lugar y al final vuelven a aparecer. Algo muy importante es que los duendes conocen el futuro a corto y largo plazo. Evitan que los niños vayan a un lugar donde no deban estar, cuando va a suceder un fenómeno natural importante o un accidente.

Mi tía nos contó sobre los orbes, o halos luminosos, que usan los duendes para ayudar a detener las tormentas. Los orbes no son perceptibles para los ojos de las personas, pero se pueden observar mediante fotografías o videos.

Los siguientes días, el juego de canicas se hizo más y más concurrido. Al llegar el crepúsculo, nos juntábamos: los duendes, nosotros y nuevos amigos.

Ahí conocí a Chucho, que siempre nos quería pegar cuando le ganábamos sus canicas. Porras era otro niño, nos defendía de Chucho cuando nos amenazaba, pero su vista era débil, como no veía bien, al final del juego yo le devolvía las canicas que había perdido. A veces se aparecía Caifán, un joven que ganara o perdiera, nos esperaba cuando terminaba el juego, sacaba su navaja, nos quitaba nuestras monedas y la ropa, luego se desaparecía.

Los duendes negros —que eran duendes malos —se acercaban más a Caifán, lo invitaban a conocer los tesoros que escondían en sus grutas.

Porras iba empeorando continuamente de su vista, no quería seguir perdiendo canicas y que yo se las regresara. Para mí era un buen amigo, la última vez que nos defendió quedó con los ojos morados y el rostro hinchado porque no pudo ver bien los golpes que le lanzaba Chucho.

Una noche, al final del juego, los duendes nos regalaron a cada quien una hermosa canica aguamarina de color verde como los bosques; nos dijeron que unas eran más brillantes y otras más opacas; pero que ellas irían cambiando de intensidad de acuerdo a como nos comportáramos. Si no mejorábamos se volverían tan oscuras como la noche sin luna y entonces subirían los duendes negros de las cavernas y de los lechos profundos de los ríos para devorarnos y robarnos el alma.

Una noche, los duendes no llegaron al farol, una intensa lluvia comenzó a caer poco antes de anochecer. Mi hermano Max se enfermó del estómago y no me pudo acompañar, mientras que los demás sí estuvimos. De pronto apareció un duende desconocido de una larga barba hasta el suelo. Se presentó como líder de los duendes y dijo que venía una gran tormenta. Nos pidió que pusieramos las aguamarinas sobre el círculo central. Cada quien fue dejando la suya en ese sitio. Mi canica y la de Porras brillaban, mientras que la aguamarina de Chucho era opaca y la de Caifán negra.

La lluvia se tornó en tormenta y el lugar de arena fina se volvió lodo pantanoso. Todos tratamos de salir corriendo rápidamente de allí, la intensidad de la tormenta me nubló los ojos, alcancé a ver a unos duendes negros que llamaban a Caifán para llevarlo hacia el interior del bosque. Después, apareció entre nosotros una corriente de agua como río desbordado, Porras y yo nos agarramos de unas ramas, él se golpeó la cara contra una piedra grande. Después de un tiempo, la tor-

menta cesó y las aguas comenzaron a bajar, para entonces mis tíos y los lugareños habían salido a buscarnos. Encontraron a Chucho con una pierna rota, el cuerpo golpeado y la cara moreteada, como si alguien le hubiera dado una tremenda paliza, pero con vida.

De Caifán, no se volvió a saber nada, la gente del bosque dice que lo han visto deslizándose entre la maleza como macaco, con piel arrugada y orejas puntiagudas, pegando gritos salvajes.

Porras, fue llevado a un hospital pues no veía nada después de aquel golpe que recibió en la frente y lo tuvieron que operar. Al quitarle las vendas, recuperó la visión y ya puede leer y escribir con claridad.

Finalmente, las vacaciones acabaron y tuve que regresar a Cuernavaca para iniciar el primer año de secundaria. La aguamarina que me regalaron los duendes la dejé con mis tíos, en Totolapan, y desde entonces los visitó constantemente.

—Rolando —me dijeron ellos en una ocasión— cuando tú no estás, los dulces que guardamos en la alacena no saben a nada, nuestras llaves y objetos personales desaparecen y aparecen repetidamente, creemos que nos hemos vuelto más viejos y distraídos. Lo curioso es que cuando tú vienes no nos sucede nada de eso.

Con voz cariñosa, la tía Adolfina me dijo: —¡Hijito te extrañamos mucho, ven más seguido!

Yo le agradecí sus palabras. Ya cercana la media noche, me despedí de mis tíos y me fui a acostar al cuarto que tenían apartado para mí. Una pesadilla me hizo despertar, escuché entonces, mucho alborozo, voces y el ruido continuo de unas canicas. ¡Mis amigos me llaman para jugar!

Julita, tu George ha vuelto

Vania Mendoza

San José, C. Rica, 02 de septiembre del 2021

Querida Julita:

Eras sabia y mágica desde pequeña. Entendías que el inicio no es algo certero, nunca se sabe cuándo algo comienza y solo adjudicamos ese atributo al tiempo y al espacio, a nuestro momento. Tú sabías desde antes de nacer que no es posible conocer el principio, puesto que ya habías nacido unas cuantas veces con anterioridad y en el reciclaje de tu fuerza anímica guardaste algunas memorias. Es por eso que, cuando llegó el momento y tu madre te parió, no te sorprendió la pequeña choza en medio de la selva baja caducifolia. En ese lugar vivirías por años. Recuerdo, en aquel entonces, tus padres se creían fundadores de aquel pequeño pueblo, pero estaban equivocados, pues aquel lugar ya estaba habitado desde hace mucho. Ahí, entre los dos cerros de tezontle que simulaban los senos de una mujer, donde el cañón era custodiado por coyotes y el valle se abría hasta los pies de los volcanes, los calderos estaban por desbordar su magia. Y así sucedió, tu regreso lo causó, tal vez como consecuencia de guardar memorias. La presión aumentó provocando que todo lo que contenían fuera expulsado con fuerza, tanta que rompió las barreras que separaban el pueblo con otras dimensiones, e hizo evidente, para algunos pobladores, toda la sustancia que habita en el espacio terrenal. No solo la ya conocida, esa que es visible, tangible y susceptible al tiempo, sino también aquella que pulula de manera imperceptible. Además, rompió la membrana que envolvía tus sentidos, ahora eras un poco más libre y tus ojos ya podían ver la capacidad que tiene el hombre para nahualizarse, que esa facultad no era únicamente de los dioses, y que el animal que iba todas las noches a posarse sobre el tejado de tu gallinero, no era más que don Macario tratando de asustar a tu familia. Ya no serías la única

niña que tratara de escapar de las mometzcopinqui, esas mujeres que se arrancaban las piernas para después sustituirlas por patas de guajolote y se colocaban alas de petate para salir a cazar niños y chuparles la sangre. Otros niños ya también las veían. No se sabía de qué lado aparecen, ni la hora exacta, pero aprovechaban cuando todos jugábamos a las cebollitas, los listones o el burro castigado y en un parpadeo bolas de fuego aparecían en el cielo, por un segundo se quedaban quietas y después se abalanzaban sobre nosotros a toda prisa. Eran ellas, las mometzcopinqui, ¿Julita, aún lo recuerdas? Yo sí.

¡Corre, corre, Jorge! —me gritaste con esa voz chillante de apenas seis años, mientras movías tus cortas piernas a una velocidad que no pude igualar. Una roca suelta sobre el camino me hizo caer —¡Corre, George, corre, entra! —seguías gritándome desde la entrada de tu casa con la puerta entreabierta.

Sé que me dijiste George para sacar mi enojo y que eso me hiciera correr más rápido. Bien sabías que cuando me llamabas así, algo en mí se encendía y me apresuraba hasta ti para jalar una de tus trenzas. Ese día al caer todo ensordeció. Mis ojos se fijaron en tus labios y sus movimientos. Entendí lo que me gritaste, aunque no lo escuché: ¡Levántate, George, tú puedes!, ¡ven, entra!, pero ya no pude jalar la trenza.

La bola de fuego me alcanzó. Pasó sobre mí con rapidez y después desapareció —tú ya habías cerrado la puerta—. Me levanté con las dos rodillas raspadas y el miedo por lo que podía pasarme en los siguientes días, pues mis padres eran de esos pobladores a los que, por algún motivo que aun no comprendo, no podían entender y menos ver lo que a nosotros se nos mostraba. Para ellos la sustancia del mundo terrenal era un mito y antes que doña Toñita pudiera darme algún remedio, ya me habían llevado con el médico. Una anemia severa fue la causa de mi muerte. Eso dijeron a pesar de no entender la rapidez con que mi cuerpo enfermó, pero nosotros sabemos que no fue así, que la verdadera causa fue que la mometzcopinqui me alcanzó.

Sé que llorabas porque ya no tenías a quien molestar, ni quien te jalara la trenza, además pensabas que te había dejado sola con don Macario, los otros nahuales, las mujeres patas de guajolote y los chaneques, pero no fue así. En menos de un mes ya había regresado. Me encontraba en el estado vecino —aunque ahora mismo estoy un poco más lejos—, y me seguí llamando Jorge, bueno, más bien Jorge Alberto.

Julita, yo aún era tu George, seguramente tú no te dabas cuenta porque estabas muy triste, pero durante los años de infancia que aún te quedaban, considerando que ahora tú ya eras seis años y un mes mayor que yo, te busqué en los sueños a donde los chaneques nos llevaban.

Lo que te contaré ahora te sorprenderá. No sé si fue por cercanía del lugar en el que volví a nacer o simplemente porque es el único lugar a donde los chaneques llevan a todos los niños, pero los de aquí, cuando se metían a mis sueños para tratar de robarme, continuaban llevándome al mismo sitio; a ese enorme bosque templado en el corríamos y jugábamos a las escondidas —sabes de lo que hablo—, a ti también te llevaban. Tengo la certeza de que gracias al padre que tuve en aquel entonces, aunque no recuerdo todo de él, los chaneques no lograron su objetivo y que de haber sido diferente, mi destino habría sido otro. Pudieron esclavizarme o robarme el alma para después comerla poco a poco.

Otro dato interesante es que un día en medio del bosque apareció una pequeña construcción, era hermosa, iluminada y blanca; parecía una iglesia pequeñita, me atraía tanto, deseaba entrar —nunca entendí por qué apareció—. Se escuchaban niños jugando y quería saber si tú estabas dentro, pero tuve miedo. Yo era muy pequeño. Solo me quedaba jugando cerca de la entrada, hasta que un día ya no hubo risas ni bullicio, entonces supe que ya no tenía sentido buscarte. Ya no estarías por ningún lado. Seguramente creciste y habías dejado de ser interesante para los chaneques. Julita, lo siento, no te pude encontrar.

Han pasado tantos años y decidí buscarte. Esta vez fue más fácil, pues a nuestra edad ya no hay chaneques tras nosotros, ni sueños engañosos. Ahora hay otras formas de resolver misterios como el dinero y los investigadores privados. Sé que sobreviviste a toda la magia de aquel valle morelense, que está bien y vives en el mismo lugar —esa noticia me alegró—, por lo cual he decidido volver en dos semanas, para ser exacto, el día viernes. Supongo que todo ha cambiado, ni las calles ni las casas han sido las mismas, pero estoy seguro de que el punto más alto del pueblo, sigue siendo el más alto. Te espero allí al medio día, por donde siempre nos reunimos a comer tréboles o amarguitas como solíamos decirles y mirar el valle.

Con cariño
tu amigo George

P.D: Por favor no esperes ver el mismo rostro, pues de aquel niño sólo quedó una pequeña parte, esa que te tiene en su memoria, la misma que te ha buscado.

§

Yautepec, Mor. 10 de septiembre del 2021

Estimado George Alberto:

Tenía una fe enorme de que no perderías toda la memoria, aunque por momentos me desanimaba al no saber nada de ti. Has tardado mucho en volver, pero me alegra que al fin lo hicieras. Sí pues, es verdad lo que escribes, yo estaba muy triste tras tu partida y sentía culpabilidad por haber cerrado la puerta. Lo siento, no tenía opción, sabes que eran varias las mometzcopinqui que nos atacaron y una de ellas fue hacia mí —la muy torpe se estrelló en la puerta—, para cuando volví a abrirla tú ya no estabas. Al día siguiente toqué la puerta de tu casa, pero nadie abrió, una semana después ya te estaban enterrando. Mis padres te llevaron al cementerio la flor que corté para ti, a mí no me dejaron ir, dijeron que no me haría bien.

Jorge, te extrañé mucho, los que alguna vez fueron tus padres también lo hicieron. Con el tiempo volvieron a sonreír, ahora se ven felices cuidando de sus nietos, los hijos de tu hermana Blanca, pero no vayas a creer que te olvidaron, pues tu tumba tiene flores frescas constantemente. Sé que a lo mucho tienes una vaga idea de cómo eran o lo que sentías por ellos, no te angusties, es la ausencia de las entidades anímicas de tu pasado, mismas que debimos perder por completo antes de volver a nacer, pero ya sabes que somos necios y nos aferramos a las cosas lindas, por eso es que guardamos memorias.

Con respecto a los chaneques y el bosque, me has sorprendido. Así que tú eras el niño latoso que jugaba afuera de la casita —¿porque era casita, cierto? —Me alegra que no entraras, era peligroso, por dentro también era blanca y había candela-bros. Los chaneques me guiaban hasta ese lugar para jugar con mis hermanos. Me recuerdo corriendo entre los altos pinos en medio de una ligera niebla, en el sueño, mamá me decía que

no entrara al bosque, pero no podía obedecerla. No era capaz de resistirme, al igual que tampoco podía no cruzar la puerta blanca de la casita y maravillarme con tanta luz. Fuera de los candelabros no había nada más, ni muñecas, ni rincones donde esconderse. No comprendo porque escuchabas risas y juegos, nunca pasé dentro tiempo suficiente para hacerlo, pues mamá llegaba, nos regañaba y nos sacaba de ese lugar. Entonces el bosque ya no era bello, ahora era oscuro y tenebroso, pero ella siempre tomaba mi mano y me decía: Camina y no voltees al cielo, te quieren llevar, no los mires. Al salir del bosque y llegar a una de las calles del pueblo, ya había anochecido. Mientras seguíamos caminando la curiosidad de la infancia me hacía mirar al cielo, pero no había cielo, ni estrellas o luna; en cambio sí, miles de niños caricaturescos con ropitas de colores, gorros puntiagudos de donde colgaba un pompón y botas igualmente de punta. Similares a esas criaturas a las que les llaman gnomos, aunque mucho más pequeños. Bailaban y me sonreían —me causaban miedo. Los chaneques cubrían todo el espacio aéreo, al volver la vista sobre el camino ya nada era igual. La angustia se apoderaba de mí y me sentía sin rumbo. No importaba a donde volteara, lo ocupaban todo, ya solo podía verlos a ellos, pero mamá nunca me soltó y siempre al día siguiente despertaba en la seguridad mi cama con la habitación oliendo a pan y café.

George, si lo que acabo de contarte te parece una pesadilla escalofriante para una niña, lo siguiente es peor: no imaginas el terror que se siente cuando un día descubres que los chaneques ya han estado a punto de lograr su objetivo. Me sentía vulnerable, no quería que me llevaran.

Una ocasión, cuando la habitación olía a pan y café me apresuré a buscar a mamá, y sí, ahí estaba, en la cocina meneando la comida con su cuchara de guaje. Parecía una mañana normal, el desayuno estaba casi listo, pero su mirada era distinta. Inquieta.

—¿A dónde ibas anoche? —me preguntó mirándome mientras inspeccionaba mi rostro.

—¡Yo, a ningún lado! ¿por qué? —le respondí.

—¿No lo recuerdas?, tomaste las llaves de la entrada y estuviste a punto de salirte —contestó.

La expresión de mi rostro bastó para dejar claro que no recordaba nada. Seguimos conversando y supe que esa situación ya había pasado más de una vez, me habían encontrado con la

llave en la cerradura. Se acercaban lento y me separaban de la puerta para después llevarme de regreso a mi cama. Esos episodios coincidían con los días de sueños en el bosque —sentí pavor—, dijeron que tenía sonambulismo, pero más bien era chanequismo. A partir de ese día mamá escondía las llaves, hasta que terminó por quedarse todas las noches en la mecedora cerca de la puerta. Ya no era tan sencillo, se hizo constante, todos los días. No quería dormir, contaba mis dedos una y otra vez para que el sueño no me venciera, pero apenas era una niña que en cuestión de minutos ya había cerrado los ojos.

La mejor decisión fue dormir con mi hermana, pues durante días, antes de dormir, planeábamos cómo evitar que siguiera levantándose. Pusimos a prueba que yo durmiera del lado de la cama que daba a la pared, envolvernos en cobijas o que sus piernas me abrazaran, pero nada funcionaba. Un día me propuso amarrarme —ya imaginarás las risas. Buscamos unos vendajes viejos que mis padres guardaban, tomó uno y colocó un extremo a mi tobillo, muchos nudos después se fue al otro extremo y lo amarró al tubular de la cama, e hizo lo mismo con uno de mis brazos. En la madrugada un fuerte golpe me despertó, estaba en el suelo asustada a un costado de la cama. Había tratado de levantarme, pero el vendaje en mi pierna me hizo caer. Esa fue la última vez que fui sonámbula y también la última que vi a los chaneques. Aún sigo agradecida con mi hermana Nita por su gran idea.

George Albert, sé que estás riendo al leer esto —yo lo haría. Seguro te habría gustado ver esa caída. Sabes que la magia existe y que hay curas inesperadas para todos los males, algunas se resuelven con encantamientos y otras con creatividad.

Sí pues, en dos semanas, viernes al mediodía, en lo más alto del pueblo, donde ahora es un mirador en el que puedes sentarte a seguir viendo el valle con sus carreteras que van de un municipio a otro, los cerros de tezontle tajados y el cañón sin coyotes, estaré esperando. Yo llevo las amarguitas.

Con mucho amor
Julita

P.D. Estaré esperando aquel jalón de trenza que quedó pendiente, ¡George!

Talentos ajenos

Karla Tabitha Mosqueda Ortega

Los asaltantes subieron al auto y se fueron, dejándola sobre un charco de sangre. Las personas que iban pasando por ahí se acercaron intentando ayudar, pero nadie sabía cómo, lo único que podían hacer era llamar a emergencias. Mientras pasaban los minutos, alguien se percató de que la sangre en el piso iba disminuyendo, era como si el pavimento estuviera sediento y la hubiera consumido. Para cuando llegó la ambulancia, no quedaba ni una gota, ni en el suelo, ni en su blusa. Nadie pudo dar una explicación lógica, pero fue de esa manera en la que Mónica Villaflores, una de las mejores cantantes de Morelos, se fue de este mundo.

Luna iba de la mano de su mamá camino a la parada de las rutas en el centro de Cuernavaca. Hacía calor, llevaba una camisetita blanca manchada de helado de chocolate, un pantalón y unos huaraches. Estaban por cruzar la avenida, cuando vieron a un grupo de gente reunida haciendo mucho alboroto. Su mamá, curiosa desde siempre, se acercó y se adentró hasta quedar en primera fila y vio a una chica en el suelo, parecía herida, pero no había rastro de nada. Ella tomó rápido a su hija y la cargó para que no viera aquella escena. Platicó unos minutos con unas señoras que la pusieron al tanto del robo y luego se fueron. Ya cuando iban en la ruta, Luna estaba sentada en las piernas de su mamá y una mujer que estaba atrás de ellas le dijo, mientras le entregaba una servilleta: tenga, para que le limpie el raspón del piecito a la niña. La mamá dio las gracias muy confundida y la revisó. Una gota de sangre iba resbalando desde el dedo chiquito, pasando entre el huarache hasta el talón. La limpió y para su sorpresa no había ninguna herida. Le preguntó qué le había pasado y su hija dijo que nada.

Un par de años después, una cantante de Jazz de 6 años se hizo viral en internet por el control de su voz, su registro, sus vibratos, su timbre. Parecía una adulta cantando a través de una niña. Empezó a subir videos de manera constante y pronto todos notaron algo característico: siempre cantaba descalza.

Luna y su mamá nunca le contaron a nadie la razón de cantar sin zapatos. Un año antes de que sus videos tuvieran miles de reproducciones, se dieron cuenta de que la niña solo podía cantar descalza, si lo hacía con algún tipo de calzado, el que fuera, no lograba afinar ni una sola nota y solo podía hacerlo en Morelos, si intentaba cantar en cualquier otro estado, aunque estuviera descalza, nada salía.

Después de mucho investigar, la mamá de Luna llegó a la conclusión de que algo había sucedido aquel día de la muerte de Mónica Villaflores. Se enteró que la sangre de la cantante había sido consumida por el pavimento antes de que ellas se acercaran a ver y no sabía cómo, pero de alguna forma, una gota había llegado hasta el pie de su hija, y así se había formado una especie de conexión entre Mónica y Luna, que se activaba cuando la niña se ponía en contacto directo con el suelo. La pequeña cantaba muy diferente a Villaflores, pero estaba segura de que ella era la razón de todo.

Decidieron guardar ese secreto, porque no había manera de probarlo. A pesar de todo estaban felices, porque aquella voz arrebatada de una forma cruel e injusta tendría la oportunidad de escucharse, de manera diferente, aunque nadie lo supiera, por muchos años más.

Stop

Lorenza Ortega

Miraba incrédulo el paisaje. La fila de árboles me recordaba el número infinito de días en que había estado haciendo lo mismo. Tan acostumbrado como estaba a una rutina, ahora, un futuro desconocido se abría en el horizonte, y el miedo y la inseguridad me abordaban. Pensaba en esa fracción de segundo que tarda tu cuerpo en reconocer su nuevo estado; después de tantos años, todo había cambiado: me habían corrido del trabajo.

Iba en carretera rumbo a Cuernavaca. Andaba con este rollo de pensamientos, cuando vi a una chica en la salida pidiendo stop, y yo, que nunca pienso en compartir el auto con desconocidos, hice el alto. Se trepó con rapidez, y mientras arrancaba, ella prendía un cigarrillo que traía en la mano.

Ya encarrilados subió el volumen al estéreo y con sonrisas que fueron nuestro primer lenguaje nos acomodamos sin palabras. Luego de un rato dijo que llegaría hasta donde yo llegara, que no había problema, y comenzamos a hablar del grupo que se escuchaba en la radio. De pronto, bajó el volumen y me dijo que me mostraría algo increíble. Sacó de su mochila un disco y lo metió en el reproductor. Al instante comenzó a escucharse una especie de vibración prolongada que se unía a otra igual, pero de menor intensidad, y me contó que estaba acostumbrada a tomar la ruta, a seguirla sin oponerse, que de esa manera terminó una vez en Baja California, y metida en un bote vio lo que hasta ahora ha sido lo más impresionante de su vida.

Lo que escuchábamos era el resultado de su aventura: el canto de las ballenas. Las toqué, dijo, y una de ellas, la más grande, me miró fijamente por unos segundos. No sabes lo cabrón que fue estar muerta de miedo mientras el bote se acercaba al lugar donde las ballenas descansaban; nunca había sentido algo así, entre horror y maravilla. Yo la miraba de reojo para no chocar. La escuchaba y escuchaba esos cantos grabados en un CD que no me emocionaban gran cosa. Creía que estaba medio loca.

Me preguntó entonces... y tú, ¿qué ha sido hasta el momento lo más impresionante que has visto? No pensé mucho y comencé a decir cosas que nunca le había contado a nadie, quizá porque sólo yo las había vivido, o porque sería ridículo, y no creí que a alguien le interesaran.

Nada que ver con tus enormes ballenas, le dije, pero lo diminuto de la existencia de algunos animales me maravilla; el hecho de que aún entre tanto concreto sobrevivan. Ella me miraba intrigada, hasta que le hablé de los veintinueve alacranes que invadieron mi cuarto durante una torrencial lluvia en Cuernavaca, de cómo salían de su escondite, seguramente inundado, y caminaban por el piso, los techos y todos los rincones de la casa. Pero no sólo los alacranes, le dije, en otro momento me invadieron también avispas; comenzaron a salir por un orificio en la esquina del techo de la sala, eran cientos y volaban por todos lados. Me encerré en otro cuarto sin saber qué hacer, sólo escuchaba su zumbido. Fue alucinante.

Ella se reía estruendosamente, y con los pies descalzos que tenía desde hacía rato apostados en el parabrisas golpeaba el tablero alternándolos, como si quisiera matar alguno de mis alacranes vívidamente imaginados. Gritaba que era una locura, que cómo no había salido corriendo de ahí a la primera, y luego dijo que eso sí no lo podía aguantar: sentirse amenazada. Comenzó a contar que una vez, en un pueblo en el que se quedó, un hombre se metió a su cuarto mientras dormía, que tuvo que gritar para que los viajeros al lado de su bungalow la rescataran. Y es que algunos creen que una nomás por viajar sola va a permitir sus picotazos. Habías de ver cómo quedo enrojecido, le he pegado tanto con la lámpara que para cuando llegaron los compas de junto, el idiota ya estaba corriendo hacia el monte en la oscuridad.

Mientras avanzábamos, se iba revelando cada vez más eufórica y su discurso se hacía violento. Me contó que en una ocasión había enmaletado un panal de abejas en la mochila de un tipo que la había tratado muy mal, y que en otra le había cortado el dedo a una chica que se quiso pasar de lista... Yo comía una naranja, me dijo, partía los gajos con un cuchillo bien filoso cuando Marisa, así se llamaba, se acercó a la cama donde yo descansaba del calor, estábamos en Veracruz, y más se tardó en intentar tocarme que yo en pegarle una tajada certera; tuve que salir de ahí corriendo y la dejé aullando como un animal.

No quería seguir escuchando su voz, me iba sintiendo cada vez más incómodo y ni manera de hacerle ver su brutalidad. Siempre he sido un cobarde y ahora, sin darme cuenta, me había metido en algo dudoso que me provocaba un temor absurdo.

La miraba de reojo a cada minuto, esperaba aterrado que algo sucediera cada que pateaba el tablero o metía las manos en su mochila para sacar lo que ya imaginaba violento. Quizás el mismo cuchillo puntilloso con el que había despojado del placer a Marisa, hasta que mi terror se manifestó con un brinco que casi me saca del camino, cuando me dijo que traía algo todavía vivo en su bolso. Y mientras le decía, de plano, que estaba loca... que no se le ocurriera mostrarme alguna mierda de dedo u oreja quizás, ella se reía y buscaba lo que yo no alcanzaba a ver. De pronto con un movimiento rápido sacó lo que aventó a mi rostro. Era un guante tan sólo, un guante negro y de pana. Para ese momento pasábamos por La Pera y no había manera de parar para bajarla del auto sin arriesgarme. Grité. ¡Ya!, le dije, ya estáte, carajo, ¿qué te sucede?, me vas a hacer chocar, ¿qué puta madre te pasa?

Se quedó seria y así de pronto comenzó a llorar. Me dijo que la perdonara, que se acordó de lo que le había pasado a su hermano y que cuando piensa en él busca la manera de sacarlo de su mente, y hace cosas absurdas cuando lo recuerda, pero que yo le daba confianza y le caía bien, así que me contaría su historia. Yo sólo pensaba en el momento en que pudiera parar y bajarla antes de que alguno de sus trucos para distraer “su mente” me involucrara de manera irreversible. La escuché porque no me quedaba de otra, pero el miedo ya me subía por el cuerpo. Me sentía atrapado, esto me había buscado por pen-dejo, y ahora podría terminar asesinado por esta loca.

Secó sus lágrimas y se sonó la nariz con un pañuelo que con mucha lentitud sacó del cierre frontal de su mochila, mientras yo estaba listo para evadir cualquier cosa rara que surgiera de su oscuro y maléfico bolso. Me dijo entonces que ese guante había sido de él, de Juancho, su hermano. Que sólo eso le había quedado de recuerdo después de su desaparición. No lo volví a ver. Se fue con los otros, sus cuates. Andaban acarreando gente y asaltando camiones. Luego fue al revés... Se los cogieron a ellos, a todos sus compañeros, y no supimos qué pasó. Sólo encontré en el asfalto esto... y me acarició la cara con el guante. Estoy segura que es de mi hermano, lo

sé porque lo llevaba puesto cuando salió de la casa y no creo que haya muchos como éste, y además huele a él, mira... y me acercó el puto guante a la cara, ...todavía conserva su aroma. Cuando corrí al lugar donde los subieron había muchas cosas esparcidas en la carretera, pero pude reconocer esta prenda de él, de Juancho. Lo extraño y lo sueño cada noche. Desde entonces recorro los caminos buscándolo.

Su relato me provocó un sudor frío que iba creciendo mientras más me acercaba a mi destino. Ella se había callado y recostada en el asiento parecía dormir, pero yo creía que no dormía, alucinaba que escuchaba mis pensamientos y que sabía que tenía miedo. Vi a lo lejos el señalamiento que indicaba Cuernavaca Centro. Me enfilé a toda velocidad por la salida, el motor sonaba furioso, yo solo quería alcanzar la orilla. Un hoyo en el estómago no me dejaba pensar con claridad... qué tal que era una asesina serial y en su bolsa traía los instrumentos de tortura para las víctimas que encontraba en el camino. La imaginaba con su carita inocente contando la historia de su hermano para dar lástima mientras la llevaban de un lugar a otro entre poblados y cartuchos de hotel. La veía pelando una naranja para quitarse el calor mientras maquinaba la forma de descuartizar a sus víctimas. Yo sudaba mientras pensaba lo peor; que se entere dónde vivo y me acose. No me dejará en paz hasta que entre a mi casa un día, y la halle de pronto a los pies de mi cama en la oscuridad; y entonces haga que salga de mi vida para siempre... sólo ahogándola entre mis manos hasta que deje de respirar. Después la enterraré en el jardín y nadie sabrá nunca nada.

Ella no se movía y yo sentía que debía de pensar más bajo para que no escuchara. Enfilé hacia Domingo Diez dando la vuelta a la glorieta de la Paloma. En eso se enderezó y comenzó a alisarse el cabello. Mi mente aprisionada por pensamientos absurdos, comenzó a relajarse. Ella introducía sus dedos en el pelo y lo estiraba para ponerlo en su lugar. Se lo ató con una dona de colores y me pidió que me detuviera en una farmacia, quería comprar algo.

Entré al estacionamiento de una plaza y me dirigí hacia la farmacia mientras pensaba en lo que debía hacer. Me detendría, daría la vuelta para salir en lo que ella entraba, le diría que ahí la esperaría y en cuanto la viera lejos, arrancarí el auto y correría a la avenida principal.

Se bajó y me dirigió una sonrisa extraña que me hizo estremecer; no supe interpretar lo que ese gesto significaba. Comenzaba a alejarse, cuando me di cuenta que no llevaba su mochila, esta se hallaba en el hueco del asiento delantero, sería fácil abrirla, ver el contenido. Hubiera sido más fácil gritarle algo para que regresara por sus cosas, pero ahora tenía un auto detrás, necesitaba moverme. Arranqué, podría pararme en cualquier cajón y aventarlas. La cabeza comenzaba a girar, me sentía mareado. Di la vuelta para dirigirme a la salida y la vi de lejos, salía por la puerta principal, me hacía señas. No quería tenerla de nuevo sentada a mi lado, no estaba dispuesto a seguir su juego. Odiaba esa mochila, el disco aún estaba en el estéreo, ella me sonreía y bajaba la banqueta. Me quedé detenido, pensaba en cómo deshacer ese momento, pero los claxonazos de los autos detrás me empujaban, y ella, ya venía por la calle a mi encuentro. Metí a fondo el pie en el acelerador.

La había matado antes de que ella lo hiciera conmigo. Corrí desesperado por la avenida. Llegué a mi casa y me di un baño para tratar de sacar su imagen de mi pensamiento. Antes me detuve en el Callejón del Diablo y aventé su mochila por la ventanilla. No dejaba de temblar, pensaba en esa fracción de segundo que tarda tu cuerpo en reconocer su nuevo estado. Todo había cambiado.

Vera

Pavel R. Ocampo

Un error tipográfico quiso tu nombre. Se supone que serías Verónica, pero una conjunción de teclas atoradas y un descuido dieron como resultado Vera. Así está bien, dijo tu madre, cuando la secretaria se detuvo e hizo visible su equivocación. Puedo usar otra hoja, respondió la mujer presta a servir. No, así está bien, sentenció tu madre. Qué nombre más bello, por siempre perpetuado, atrapado, entre las dos estaciones favoritas de tu madre. Fuiste, entonces, Vera. El final de una prima y el comienzo de un no.

—Primaverano —pronuncié cuando te conocí. Había incluso una cadencia que fluía y hacía discernibles ambos significados.

Sonreíste con timidez. Detrás de ti los cerros y las nubes multiplicaban sus formas mientras sus colores se diluían en el atardecer. En algún punto, la más absurda de las visiones se conjugó en ti: una corona de luz solar que escapaba por detrás de una nube y tiñó de arrebol tus mejillas morenas.

—Necesito otro comienzo —pronunciaste después de unos kilómetros. Era la respuesta a la pregunta que te había hecho.

Te miré con una curiosidad breve, no quería que te sintieras hostigada por mí; no cuando el miedo podía embarrarte de sal el rostro. Asentí.

—Es un buen estado —dije.

—Es otro estado —sonreíste.

Volteaste hacia la ventana. Tu cabello caía espeso y rizado sobre tu espalda, pero yo estaba mirando tu reflejo. Los momentos de oscuridad me revelaban sobre el vidrio tu expresión con mayor contraste. Extrañabas algo que yo ignoraba: ¿un hombre? Guiada por mi pesimismo pensé de inmediato en la improbabilidad de ti entre mis brazos y en el peculiar humor que tenía el destino para burlarse de mí, siempre poniéndome ante seres tan hermosos; miradas cautivadoras, sonrisas inciertas, conversaciones misteriosas.

Quise atrapar un poco de tu aroma, pero mis esfuerzos sólo me trajeron los olores del desodorante del autobús, una frialdad metálica y el panecillo cálido de algún otro pasajero.

—¿Un novio? —me atreví a preguntar. Pensé que era mejor disiparte de mis deseos antes de que fuera demasiado tarde.

—No —tu rostro se volvió hacia mí. Por tus ojos supe que el dolor estaba a punto de rebasarte, algo que no alcancé a percibir en tu reflejo.

Esperé en silencio. No quería presionarte para que me dijeras nada más, pero no estaba segura de que tú no quisieras que yo te preguntara. Qué extraña ambigüedad, qué difícil camino para seguir en los pensamientos.

Paso Morelos quedó atrás después de una breve revisión por parte de los supervisores de la línea de autobuses. Tras él, el camino quedó nuevamente solitario. No había luna en aquella noche; no había estrellas; no había nubes. Quizás era esto lo que querías como nuevo comienzo: la ausencia del mundo. Quizá la oscuridad —o vacío— de afuera nos era perfecta; quizás al bajar del autobús nos encontraríamos tú y yo solas en el mundo y podríamos vernos para siempre. En aquel momento pensé que no me importaría pasar la vida explorando tu aroma y las formas de tu cuerpo. Los pies me temblaban, incluso contraídos bajo el asiento, de solo pensar en el ébano de tus piernas y la recompensa en donde culminan.

Observé tus párpados aleteando parsimoniosamente y supe que quería verlos al despertar cada mañana, acompañarlos a descubrir el primer haz de luz matutino.

—¿De verdad es un buen estado? —preguntaste después de un rato.

Me tomó un momento sacarte de mi cuerpo para poder entender tu pregunta. Era extraño, recuerdo haber pensado, cómo la realidad de mi cabeza y la tuya existían simultáneamente en aquel breve espacio de dos asientos.

—La comida es buena —dije —no mejor que en tu ciudad, pero bastante buena. Los helados de sabores son un gran descubrimiento. Son sabores improbables, decía mi madre. O rebuscados, decía mi padre. Es una ciudad pequeña, pero cada callejón oculta una historia.

—¿Y la gente?

Te miré con fijeza, tratando de separar esta conversación de la pasión que ya te había entregado en mis pensamientos.

—Los hombres son hombres adonde vayas —sentencié. No valía la pena endulzarte la llegada.

Permaneciste en silencio. Quizás acababa de arruinarte la perspectiva de un nuevo amor, de un romance tórrido en una

calle colonial; quizás te había enfriado los cafés de la mañana y las pasiones de la cama. Oh, Vera. Yo quería tanto darte aquellas pasiones.

—¿Hay trabajo? —preguntaste.

—Hay necesidad.

De nuevo el silencio. Volví a examinarte. En cada atisbo dirigido a ti descubría algo nuevo y esta vez no fue la excepción. No deberías ser ingenua. Tu rostro delataba dolores y decepciones, ahogos, tristezas. Parecías rebasar los veinte años. Yo tenía casi cuarenta. La edad nos hacía más improbable el amor, aunque no imposible. Quizás excitante.

—¿A qué te dedicas? —pregunté.

—Cocino —había un dejo de vergüenza en tu voz, y yo recuerdo haber pensado que no tenía razón de ser, que quizá los sabores eran los placeres más cercanos al amor... No por nada el amor también se saborea.

Pensé en contratarte. En pedirte que cocinaras para mí todos los días, pero eso sería una ventaja amarga de mi parte, y ante tu vergüenza quizá verías que intentaba aprovecharme. Pensé en darte dinero sin ninguna atadura para demostrarte la legitimidad de mis intenciones. Pensé en darte todo porque quería a cambio aunque sea un poco de ti. Sólo un poco. Lo que fuera. Quizá sólo esto que ya me dabas, quizá tu voz o estos minutos. Quería más, por supuesto. Pero podía vivir con el recuerdo de ti. Podía vivir uniendo tu nombre en las estaciones y por siempre esperando encontrarte en el equinoccio.

Pensé en contratarte, pero tampoco tenía dinero.

—Tengo un amigo que tiene un restaurante —dije—, si me das tu número puedo decirle.

Sonreíste y tomaste mi mano en señal de agradecimiento. Quise entonces hablarte de la frescura del sol y del calor de la sombra de Morelos. Quise describirte los sabores del estado, del arroz y sus mullidos granos, de los higos y mameyes, de los aguacates volcánicos. Quise saborear contigo las posibilidades que encontrarías en los ingredientes: las cecinas, los tacos acorazados, los moles y tlacoyos. Quise narrarte sus calles coloniales y la lucha de sus habitantes contra la modernidad. Nos vi resbalando por el empedrado y recorriendo de noche el zócalo; comeríamos mollejas, patas y chapulines, y esas otras cosas que tú no conocías como botana. Quise hablarte de sus leyendas y sus nombres y descubrir aquellas que ni siquiera yo sabía.

Vera. ¿Quién nos había quitado estos 20 años decidiendo que nacióramos tan lejos una de la otra?

El autobús brincó y te vi levantarte. Un chirrido desgarró el acero debajo de nosotros. El viento penetró por las ventanas, los vidrios restallaron en el interior, las llantas clamaron. Los gritos salieron despedidos hacia la noche. No solté tu mano. Nuestros cuerpos se agitaron con fuerza. En un instante estaba fuera de mi lugar, tú conmigo; otro cuerpo sobre nosotros. El camión se volcó y las luces se apagaron.

No sé cuánto tiempo pasó. No sé en qué momento abrí los ojos, porque durante todo el tiempo estuvimos en penumbra. Pero te supe cerca: mi mano aferrada a la tuya.

—Vera —pronuncié. Silencio. —Vera.

Aparecieron los gemidos, los temblores, los pasos afuera del autobús. Sentí el temblor de tus manos, su fuerza sobre la mía. Llega a tu destino, vive para escuchar esas leyendas que yo ya no podré escuchar. Prepara nuevos sabores y deja tu huella. Llega a tu comienzo, que de esos no hay tantos.

Te solté.

Las bestias

Yolanda Ornelas

La ofensa debe ser castigada», opinaba el afectado. Los vecinos poco a poco les retiraron la palabra, ya nadie quería hacer tratos con ellos, ya nadie les ofrecía nada. El hombre había sido encontrado en pleno hurto de maíz y su comunidad no se lo había perdonado. Construyó una cabaña austera a unos pocos kilómetros de la comunidad y ahí se llevó a su esposa y a sus dos hijos. Cada tercer día el hombre y la mujer bajaban al lago para abastecerse con agua; iban de madrugada, cuando nadie más rondaba por ahí y en breve volvían a la cabaña. Una de esas madrugadas, notaron que la cruz de la parroquia sumergida sobresalía. A pesar de que habían pasado toda su vida en Tequesquitengo, nunca habían visto la cruz asomarse del lago. Recargaron sus cuerpos en el otro y se quedaron a contemplar el amanecer.

Ya en casa, el matrimonio llamó a sus hijos, sin darse cuenta de que el más pequeño, el de dos años, yacía bocabajo en la cocina. Cuando la madre lo vio se apuró a levantarlo, pero el niño estaba muerto. Culparon de asesinato al hermano mayor. A golpes quisieron sacarle una confesión de ahogamiento, de envenenamiento. Esa misma noche, el padre cargó con el cuerpo de su hijo para enterrarlo en el bosque. Al desnudarlo vio que el ombligo estaba abierto, la cicatriz había sido vulnerada. Con sus manos gruesas escudriñó el resto del cuerpo y no encontró marca alguna. Movidó por el dolor, decidió abrir el vientre del niño con una navaja. Lo que sus ojos nublados por las lágrimas le permitieron ver fueron órganos revueltos, enredados entre sí. Se levantó del suelo y comenzó a correr rumbo a la cabaña, dejando el cuerpo abandonado y abierto.

Jadeante, aún lloroso, se detuvo metros antes de la puerta. Un lince entraba por la puerta principal. Empuñó la misma navaja con la que cortó a su hijo y se acercó despacio. Pudo ver cómo su hijo mayor se acercaba al lince con naturalidad. El niño le rogaba que lo llevase consigo, le prometía ser obediente. Abría su boca y le mostraba al lince su interior, las mejillas,

la lengua, las muelas. El padre no podía moverse, el impulso no se concretaba, él decía que sí pero sus pies que no. El lince daba vueltas entre la cocina y los lechos, movía las orejas en dirección al niño cada vez que éste hablaba; por fin, se detuvo frente a él. El felino se irguió sosteniéndose en sus musculosas patas traseras. El primogénito levantó entonces su camisa y le mostró el ombligo.

La escena trajo al padre la imagen del ombligo abierto de su hijo muerto y así reunió valor para defender al mayor. Se abalanzó sobre el animal, con intención de hincar la navaja en cualquier parte blanda. El lince, sensible al sonido, pudo girar antes del ataque y lo miró a los ojos. Los músculos del padre se relajaron, las palpitaciones menguaron su ritmo. Llevó sus rodillas al piso de tierra regada y ofreció al niño como un obsequio. En los ojos del lince había encontrado la verdad, la reconciliación, la piedad, la resurrección y todo lo que siendo un niño sus abuelos le habían prometido. Las pupilas del lince, negras y dilatadas, le arrojaron. Cargó el animal, aún erguido, con el niño en su lomo.

La mujer, que había ido a llorar por su pérdida al bosque, llegó al hogar para darse cuenta de la escena. Sin saber qué sucedía, pero viendo la posibilidad de perder a otro de sus hijos, quiso defenderle a puño limpio. El lince no tuvo que actuar; fue el mismo marido quien la asfixió sobre la mesa del comedor. Aquel hombre pasó dos días asediado por la fiebre antes de morir. Entre recuerdos de los peces en el lago, del maíz que se robó, de su madre cuando joven, se intercalaban los rostros de sus hijos y de su esposa, cada vez más lejanos, buscando misericordia.

De escobas y recuerdos

Ayael Pérez

El polvo son los restos de lo que aún no recogen los atrasados, los lentos, o las que como yo, no tienen prisa y disfrutaban la marcha antes del fin.

¿Por dónde comenzar?, ¿por las lágrimas, por las risas? Me dirigí a Las Plazas, a esas mañanas de pinta en las que caminábamos por el pasillo principal hasta llegar al local de los helados de yogur, el natural (en realidad no había otro) con duraznos en almíbar y chispas de chocolate, se disfrutaba tanto como el hecho de haber escapado de las altas bardas de la escuela, con la inocencia de las calcetas enrolladas sobre los negros zapatos de goma y las faldas con dos o tres vueltas en la cintura para que acortaran su estatura alargando la nuestra.

Recogí lo que allí había y como antaño regresé a mi salón de clase, aquel en donde conocí a las personas más maravillosas, a esas que hace poco vi llorar mientras observaban lo inevitable, sin saber si les daba tristeza mi partida, o felicidad mi libertad.

Era una escuela sólo para señoritas, sí, hay cosas que son difíciles de explicar pero que así eran, y que como en vals porfiriano, se encontraban a la salida con los caballeros de la escuela militar que estaba cuadras más adelante, en el jardín San Juan ahora lleno de puestos callejeros y de basura, pero que guardó muchas tiernas historias de los primeros encuentros de jóvenes almas preparatorianas.

Pero al tiempo que yo recogía todo lo que de mí quedaba bajo los mudos árboles de las calles, alguien más hacía lo propio. Ahora sé cómo es la tristeza, el horror, no sé si el arrepentimiento. Él también debía llevarse uno a uno aquellos días de mierda, no puedes dejar nada, por más que pese, por más que duela, has de cargar con todo lo que fuiste, paso a paso.

Tomamos cada quien lo suyo. Yo, rabia, miedo, rencor; él, locura, confusión, instinto.

Sí, tarde o temprano la vida te vuelve a poner frente a lo que amaste o a lo que hubieras deseado dejar sin vida con tus propias manos. A veces los deseos se cumplen, no puede apostarse por el olvido eterno.

Ojalá fuera cierto aquello de que sólo te llevas lo que te comes. Las tortitas de colorín, la cecina de Yecapixtla (con crema de rancho), el pozole, y por supuesto los tacos saliendo del antro, a las tres, cuatro o cinco de la mañana, cuando había tanta vida como en el día, en discotecas, restaurantes, bares, lugares para bailar —en la pista o sobre las mesas— pero no, no pude volver a saborearlos, aún así, me los llevé.

Y es que ¿quién no recuerda Los taquitos de Morelos o el Harry's? Cómo saber si entre el estruendo de la música y el sabor del ron estaba la felicidad, la paz, incluso el olvido. Venía de intercambio como tantos otros extranjeros lo hacían, éste era uno de los lugares preferidos para aprender español, por el clima, la cercanía con la capital del país, porque el sol en ningún lado calienta igual y porque las buganvillas sólo aquí tienen el verdadero color buganvilia. Me hubiera ido con él, cuando me lo pidió, así ahora andaría vagando por el Viejo Continente, o tal vez ya vendría de regreso; sólo sé que el terror aún me invadía y que un día se cansó y se fue sin mí.

Recogí todo aquello con nostalgia. Las noches de luna, los días en que no me daba miedo andar en la calle, o subirme en las recién estrenadas rutas; cuando nadie pensaba en que podía ser asaltada, raptada o asesinada a plena luz del día, aunque de todas formas sucedió, pero eso sólo fue mala suerte mía, no la especie de ruleta rusa que juegas cuando sales a las calles en estos días.

No podía seguir a ese paso porque, como advertí, todo se va haciendo polvo, para bien y para mal. Pero fue tan gratificante disfrutar una vez más de cada una de mis sonrisas, las reales, las que se escapaban solas. Los pesares los dejé al final, los encontré ya barridos, un poco desgastados, aunque no por eso duelen menos, sólo se ven más pequeños, casi inofensivos. El paso del tiempo no sana las heridas, simplemente hace que las veas más fáciles de cargar, como cuando te cambian un enorme costal con un kilo de plumas, por una bolsita con un kilo de rocas y crees que sales ganando.

Era inevitable no volverme a cruzar con él, si muchos pasos de mi vida pasaron muy cerca de los suyos, y no todos fueron malos. Algunas caminatas sobre una avenida San Diego que en lugar de locales tenía terrenos llenos de vacas pastando, de flacos caballos, de flores campestres en tonos amarillos, violetas, azules, me hacían recordar que podía haber bondad, incluso cariño; a veces paseábamos por Río Mayo que no era

distinta. Jamás hubiera imaginado el infierno de tráfico en el que se convertiría, como tampoco hubiera imaginado el infierno que vendría a mi vida al crecer.

Fui al bosque alrededor del río que ahora atraviesa Ávila Camacho, en su lugar hay un gris y encementado supermercado, pero de niña solía correr entre los pinos, las ardillas, las mariposas; él entonces jugaba conmigo, me hacía columpios que colgaban de las ramas de los árboles, correteaba con mi madre... se nos fue tan pronto... después, en lugar de sentir el agua entre las manos tendría que ponérmelas sobre la boca y la nariz para aminorar un poco la peste de un río que día a día muere, luego fueron sus manos las que me impedían gritar o decir nada mientras me susurraba al oído que nada pasaba, que era normal, que lo disfrutaría.

Entre el impacto de nacer y la colisión al morir hay apenas una vida que ha de arrancarse como un viejo papel tapiz de la pared para poner el siguiente: yo casi termino de retirar los últimos pedazos que de mí quedan, los más difíciles, los que raspas con espátula. Una escena final, una vez más los abusos, pero ya no me dejaría tapar la boca, ni amenazar, ni tocar. Mis amigas, tanto o más inocentes que yo, me habían conseguido una navaja, una “muy filosa”, “si te ve decidida jamás volverá a hacerlo” —me dijeron— y en algo tenían razón: jamás.

Pisé el callado sendero que por última vez nos vio a mi padrastro y a mí en un descuidado jardín Borda con su lago de verdes aguas, comenzó de nuevo todo pero esta vez no sólo me quejé yo, gritó él primero, enloquecido al ver su vientre en roja cascada. La furia con la que alcanzó a estrellarme contra el suelo hizo lo suyo. Apenas alcancé a escuchar el canto de los zanates sobre los árboles al atardecer, el ruido de los escandalosos pericos que cada vez tienen menos árboles en dónde vivir, menos mangos que comer. Todo aquello también me lo llevé, sólo quedó como testigo una disimulada mancha en la esquina del tercer escalón de lo que hace las veces de gradas cuando hay un evento. Las puestas en escena ahí tenían su magia, incluso la mía, a la que llamé “Al fin”, y en la que ambos protagonistas mueren.

Me pesa no ver más a mis amigas, a mi abuela que nunca supo lo que pasaba cada que dejaba que me fuera con él, me gustaba tanto visitar con ella la catedral, el olor de los puestitos de gorditas de maíz envueltas en coloridos papeles de china, las caminatas en Chapultepec, los mangos con chile, las guayabas tan rosas como las tardes.

Sí, uno alza sus pasos en un último acto piadoso, por los que se quedan y tienen derecho a usar el camino, a darle nueva vida, otro sentido. Yo puedo seguir en paz con este dejo de felicidad a cuestas, el resto no es más que polvo que recogen las escobas para echarlo al vacío.

Cañón de Lobos

Francisco Gerardo Rivera Zequinel

Estábamos el Manuel, yo y los muchachos en el palacio de Cortés, haciendo un proyecto para la escuela. Íbamos en segundo de secundaria. “¡Eh chicos! No toquen las esculturas”. Nos gritaba uno de los vigilantes. “Men, anota esto”, “Manuel no te adelantes, tenemos que tomar una foto”. “Oye, cuánto a que me salto por aquí”. Echábamos desmadre, nos empujábamos y hacíamos enojar a los guardias. Llegamos a la segunda planta, el Luis se quería subir a un carruaje que estaba ahí, y Jorge hizo como que me quería empujar desde el barandal. “¡Eh, estáte! que luego no te aguantas”. Continuamos tomando notas y fotos, arriba casi no había guardias, así que Jorge estuvo a punto de romper una vitrina y como no se calmaba lo tuvimos que aplacar a punta de zapes. “Bueno, bueno, ¿qué sigue?”, pregunté en cuanto terminamos de recorrer el museo. “El Castillito”, contestó Manuel. “No pendejo, el Jardín Borda”. Replicó Luis. “Dijimos que allá no, no hay nada que ver”. “En el Castillito tampoco, solamente puras fotos”. “Ya cálmense, tenemos que terminar esto, que ya es para mañana”, les dije a los dos. “¿Tú que dices, Jorge?” “Me vale madre, yo los sigo a ustedes.”

El proyecto consistía en visitar y documentar los lugares históricos más importantes de Morelos, o al menos de Cuernavaca, y hacer un álbum con todos. Tuvimos dos semanas para hacerlo, pero lo comenzamos el domingo, un día antes de la entrega. Nuestro recorrido consistió en el Palacio de Cortés, la barranca de Amanalco y el Jardín Borda. En la tarde imprimimos las fotos con la impresora que Manuel tiene en su casa y toda la noche armamos el álbum.

El lunes en la mañana ya lo teníamos terminado. Eran unas ocho páginas con fotos y texto escrito a la carrera con cuatro letras distintas, quizá nuestro mejor trabajo a la fecha. Lo entregamos como todos unos pros y para el final de la clase sacamos un 7.

“Awebo, sietesote”. Exclamábamos al salir al receso. Era la calificación esperada para que pasáramos la materia, así que nos contentamos bastante. Entre la plática Jorge comentó: “Oi-

gan, ¿y si nos vamos ahora a un lugar que nos guste?” “Pues todas las semanas nos vamos a lugares que nos gustan”. “No, men, a lugares como los de la clase así de historia y todo eso, pero que sí estén buenos”. “¿Y como cuáles?” “Pos no sé. A ver... ¿Conocen la leyenda del Dorado?” “Es una película, ¿no?” “Te refieres a la del Plateado, pendejo”. respondió Luis dándole un zape “Ah sí cierto”. Jorge nos contó aquella leyenda de un borracho que llegó a su casa con monedas de plata y oro, alegando que en el Cañón de Lobos un misterioso jinete apodado El Plateado se las había entregado. “Tengo unos tíos que viven por allá, en Yautepec, nos podemos ir el sábado y regresamos el domingo”. Terminó diciendo Jorge. “¿Y qué chingados vamos a hacer allá men?” Preguntó Manuel. “Pos a buscar al Plateado”. “Tas bien menso”. “Sí, ¿por qué no?” Intervine. “Ya recorrimos medio Cuernavaca (realmente solo había sido el centro), ¿por qué no ir más allá? A lo mejor encontramos algo bueno”.

Jorge llamó a sus tíos en la tarde. Nos iban a permitir quedarnos una noche en su casa cerca del cañón, luego su tío nos regresaría en coche el domingo en la tarde. No hacían falta más preparativos, era seguro que a todos nos dejarían ir, tampoco debíamos empacar nada en especial. Solo era cuestión de esperar hasta el sábado.

En la mañana del día acordado, salí de casa, avisé que no regresaría a dormir y me dirigí a la casa de Luis. Ahí ya estaban él y Jorge, ya solo faltaba Manuel. Luego de 20 minutos sonó el celular de Luis: “Cómo que dónde estamos, si te estamos esperando... no seas, te dijimos que en mi casa, pendejo... stás bien wey... allá vamos. Ya está en la parada el pendejo”. Corrimos hacia allá, a unas tres cuadras. En efecto, ahí estaba Manuel. “¡Dijieron que nos viéramos en la parada!” “Te dijimos que en mi casa”. “¿Ya cuánto llevas ahí?” “Como media hora, desde las 11”. “Ya no discutan, ahí viene la ruta”.

Abordamos, cada uno pagó su pasaje y nos sentamos en cuatro asientos juntos que estaban desocupados. Jorge y Luis que estaban enfrente iban volteados para poder hablar todos. Echábamos desmadre todo el camino, aunque cada vez que pasaba alguien junto a nosotros nos callábamos por un momento. Llegamos a nuestra parada, de ahí tuvimos que tomar un taxi al que le regateamos por casi cinco minutos. La casa de los tíos de Jorge quedaba al final de una privada. El camino era de terracería, las casas estaban sin pintar y solo se oían los ladridos de los perros y los carros que pasaban a lo lejos.

Los señores nos recibieron amablemente: ella vestía un mandil de esos con estampado floral, una falda amplia y larga y el cabello en chongo. Él llevaba un sombrero de paja, camisa a cuadros con algunos agujeros y un pantalón de mezclilla muy desgastado. La casa y el ambiente daban la sensación de haber viajado un siglo atrás. Saqué mi celular como para recordarme en qué año estaba, era obvia la falta de una sola red Wi-Fi, pero la señal de teléfono era buena.

El plan había sido quedarnos el sábado y salir el domingo en la mañana al Cañón de lobos, para volver a Cuernavaca en el carro de don José, el tío de Jorge, pero Luis ya estaba ansioso por salir a investigar. Eran cerca de las 3 de la tarde y el camino al cañón era de unos 40 minutos a pie, para cuando termináramos de recorrer ya sería de noche.

Ayudamos a ordenar un poco la casa y a cortar algo de la caña que don José se había traído del trabajo. “Voy a salir un rato, ahí los veo”, dijo Manuel y se fue sin decir nada más. “Este pendejo”, exclamó Luis. “A ver si no se pierde.”

Dieron las 5 y la comida ya estaba lista. Doña Adela o Lita, como le decía su esposo, había preparado cecina para los seis, pero Manuel seguía sin aparecer. Dejó su celular y no dijo para dónde se iba.

De forma educada le pedimos a los señores que nos disculparan, pues iríamos a buscar a nuestro amigo. Salimos al camino y luego a la carretera. Caminamos hacia abajo, rumbo al cañón. “Apúrense que si no nos agarra la noche”. nos dijo Jorge acelerando el paso. Bromeábamos acerca de que si el Platteado ya se había llevado a Manuel o que ya había encontrado un tesoro y se fue de México a toda prisa, pero en el fondo estábamos realmente preocupados por él.

“¿Ya casi llegamos?” “Todavía no”. “A lo mejor ya viene de regreso”. “Creo que habían encontrado un muerto por aquí, ¿no?” “¡No andes chingando, Luis, cállate el hocico!” “Hay que preguntar si alguien lo vio, puede que estemos caminando en dirección equivocada”.

Nadie pasaba por ahí, además del tráfico. La carretera se hacía más oscura, pasaban pocos autos a nuestro lado y sobre los árboles ya solo se distinguía el sol de color anaranjado. Caminamos a paso veloz por unos 30 minutos hasta que vimos una figura caminando hacia nosotros. Tenía la cabeza baja y andaba lento; alcanzamos a distinguir a nuestro amigo.

“¡Manuel! ¿Dónde chingados te fuiste, vente para acá?” “¡Nos espantaste pendejo, ándale, que ya se ha de haber enfriado la comida!” Manuel parecía perdido. Su paso seguía siendo lento, aun cuando ya nos había visto. Corrimos hacia él y lo jalamos del brazo. “Vente para acá”. No reaccionó. “Lo vi”, susurró. “¿Qué dices?” “¿Qué viste?” Luis lo empujó por la espalda y Jorge y yo lo jalamos de los brazos. Su actitud era bastante extraña. Sabíamos que algo malo podía haberle pasado, pero parados en mitad de la carretera no podíamos hacer nada. Debíamos llevarlo a la casa.

“¡Ahí viene, ahí viene!”, gritó Manuel. El corazón se nos aceleró a todos. El cielo se nubló como si anocheciera de pronto. No había carros, ni viento, por lo que era posible escuchar el leve sonido de unos cascos de caballo. “¡No chingues, Manuel, nos estás jugando una broma!”, dijo Jorge. Luis estaba petrificado, sujetando el brazo de Manuel con todas sus fuerzas, quien no hacía nada más que mirar al suelo. “Ya déjate de mamadas y dinos qué pasa, nos estás grabando o algo”, le grité a Manuel intentando ocultar el nerviosismo en mi voz. “¡Vénganse!” Jorge nos tomó del brazo y corrió hacia un árbol al lado de la carretera. “¡Aquí, atrás de las plantas!, tráete a Manuel”.

Nos ocultamos detrás del árbol y la maleza. El sonido de las pisadas de caballo se hacía más fuerte. Agachamos la cabeza. Todo parecía cada vez más oscuro. Las pisadas estaban frente a nosotros. Además de ese ruido, podía oír los fuertes latidos de mi corazón. Levanté un poco la mirada sin mover la cabeza. Un caballo negro estaba ahí. No podía ver al jinete ni distinguir su famosa silla plateada. Se detuvo a unos metros de nosotros. Contuve la respiración. Todos mis músculos se paralizaron. El caballo dio un par de vueltas. Se detuvo. Creí que en cualquier momento su jinete bajaría. Dio media vuelta. Entonces los pasos comenzaron a alejarse.

Esperé petrificado. Jorge fue el primero en reaccionar. Me había olvidado por completo de mis amigos. Nos levantamos. Mis manos estaban frías y temblaban igual que mis piernas. Luis apoyaba a Manuel en su hombro, parecía confundido, pero un poco más despierto. Miré a mi alrededor. Todo estaba oscuro, ya había anochecido. Mi celular marcaba las 8. Nadie habló, solo continuamos nuestro camino de regreso por la carretera. “Miren”, dijo Jorge señalando un auto que se acercaba. Era la camioneta de su tío. “Ora, chamacos, ¿dónde anda-

ban? Ya encontraron a su amigo, ándele súbanse”. “Tío, por favor, regrésenos a Cuernavaca”. El señor nos miró extrañado. Era de noche y habíamos prometido quedarnos a dormir, pero accedió luego de vernos asustados y temblando en el asiento trasero de la camioneta. Empezó la marcha. Salimos del cañón, ya se comenzaban a ver las casas. Los cuatro estábamos abrazados y todavía con el corazón acelerado, mientras mirábamos a una mujer de blanco que cruzaba flotando la carretera.

Santa Cruz

José Arturo Tapia Tamayo

Las casas están llenitas de estas piedras. No tienen un solo color. Los tienen todos. Por lo menos los grises. Las usan los maistros y las mezclan y las mezclan con arena. A estas les dicen grava. Nada que nos obligue a llamarle bello. Pero mira, rebien que se acomodan. Ahí si las miro bellas. Encajan. Encajan. Encajan unas bien. Unas bien y otras mal. Yo quiebro las malas. No las quiebro por odio de ser diferentes y no encajar, sino para recomponerlas con las demás. ¿Recomponerlas? ¿Es eso lo que hago? Chance y las otras que sí se amueblan son las malas. No lo sabría. Yo no, por lo menos. Tienen que. Tienen que encajar. Tengo que hacerlo de este modo, o mis brazos ahogados en arena y mis piernas talacheadas por costras de ayer, me embolsarán como en un costal, apretándome y sacando mi aire. Todo me retuerzo, mis manos sudan. Mis ojos quieren estarse quietos pero nomás no hallan lugar de calma. Entonces, tienen que encajar. Todas estas piedras y las que no, las sigo quebrando.

Mi padre me quería quebrar. Recién cumplidos los seis me amarró a un chico. Ya se le había acatarrado la cabeza con mis cosas. Decía que yo era un animalito, que le había salido un animalito. Mi papá le rogaba a Dios que me compusiera o de a tiro, que me regresara. Mi ama nomás lloraba. Mi amá nomás callada. Y yo, ya queriendo acomodar mis primeras piedritas. Yo creo que por eso me ponía mal.

Las noches y los días me los agandallaba ahí amarrado. Mi padre no me quería soltar. El lazo ya me había hecho una pulsera de carne oscura y amarillenta y le había contorneado unas tiras largas y gruesas a mi panza, como unos surcos de carne con riegos de sangre.

Mi padre nunca me soltó. Pasaban las lunas por arriba, siempre por arriba. Adelgazaban y engordaban. Yo no alcanzaba engordar. El cuero se me perdía con el tiempo. Los soles desquebrajaban mis labios como las tierras que se cuarteaban. Yo veía de lejos. Alguien, debajo de la tierra, la andaba partien-

do. A mí no lograban engañarme. Contaba cada grieta, cada senderito que se le hacía al camino. 13,456 largas rayas placenteramente labradas sobre la tierra. Yo las conté todas sin errar. Eran hechas como con cuchillo. A mí no me engañaban. Mi padre no sólo quería quebrarme el cuerpo; sino también el suelo. Quería que encajara yo en el pueblo. Que siquiera mis pies hallaran rumbo, pero nomás no. Quería moldearme para no distinguirme, acá en Santa Cruz.

Sin rumbos y sin tierras por donde andar. Mi amá me daba comida y agua a escondidas. Al tiempo que me desamarraba a ratitos. Cuando la luna se hacía hamaca y era alumbrada por un foco estrellado al medio. Yo quería estar ahí. Se veía que había espacio. Seguro que encajaba hasta la grava más necia.

Mi padre se olvidó de mí y yo buscándolo bajo sus lianas, culebras del chico. Mi libertad retacharía poco después. Llamaron al portón y mi padre salió. Dos hombres lo subieron a una camioneta, yo nomás alcancé a ver unas manos metiéndose como lombrices gigantes en su espalda. Mi madre salió corriendo. No pudo hacer nada. Su silencio, aún más, creció en las ruinas de su garganta. Al fin me soltó.

Vivimos los años siguientes mi madre y yo. Nunca aprendí a decir a papá, nunca me aprendí su nombre. A la voz de mi madre también se la habían llevado. En la calle y en la escuela, me enseñé a cacarear esto que les cuento.

Y ahí iba, como podía. La primaria, la secundaria y la preparatoria. No se me acercaban ni los tlacuaches. Ni un amigo, ni una voz. Nomás los pajaritos. Miraba cómo se las ingenian para levantar sus nidos. Yo contaba a veces unas 447 ramitas pero los más grandes se apelmazaban sobre 4456. Sí, encajaban, encajaban algunas. Me jodían, no eran todas iguales. Pero rebién que andaba su pequeño mundito en este mundo maniatado. Quisiera haber levantado el mío con tanta facilidad como ellos.

Ahora, acá sigo. En esta Santa Cruz que me tocó. Despuesito de la prepa, me fui de chalán. Era parte de la cuadrilla de Mario Ornelas, uno de los maistros del pueblo. Yo no fui buscando chamba. Resulta que una vez me vieron por la calle apilando torres de ladrillos. Ladrillos perfectos. Ladrillos y unas piedras que quebraba. Las quebraba y encajaban. Encajaban. Y un fulano se acercó. Me dijo que trajera para una casa todos esos ladrillos. Al principio no sabía porqué me lo había pedido. Más tarde, me di cuenta que aquel hombre me vio aptitudes.

Y como fue. Unos cuantos pesos, pero unas calmas por montones. Fue entonces cuando vi miles de piedras enmarañadas por un manojo de grises. La grava. Los ladrillos. Nunca pude pasar tanto tiempo en calma como durante los días que se regaron hasta hoy.

Mi madre plancha ajeno, y en estos tiempos de feria pone su puesto de aguas frescas y tepache. Todos vienen a pedir si quiera un milagrito tirado por ahí, durante la feria del quinto viernes de cuaresma, en la iglesia del Señor del Calvario.

Yo laboro por ahí en una construcción no tan dilatada de mi casa. Por cierto, no les he dicho cómo me llamo. Pues es que nunca me llamé. Ni mi madre enmudecida y, mucho menos mi padre, me bendijeron. A ver si no al final me desvió del cielo.

Acá en la chamba, a veces me chiflan y a veces mi llaman Romero. Según los chalanos así se apellidaba mi padre. La verdad yo no les creo. Decían: “Ahí viene Romero el halcón”, pero nunca me explicaron bien porqué le decían de esa manera. No era el único nombrado así. Nomás que a quienes llamaban de esa manera no se lo decían en su cara. Sólo entre chismes y unas que otras pláticas que alcancé a escuchar. No sé. No entendía nada. La verdad yo jamás les entendí a este pueblo y a su gente.

La feria se escucha hasta la construcción. Las sirenas de las patrullas encontrando muertos ensanjados. Los gritos de los vendedores de plásticos y sarapes. El carro sobre la calle anunciando el jaripeo con la mejor corrida. El carro pasa cada 47 minutos, ya se los conté. Mientras, yo sigo trayéndoles más ladrillos y una que otra vez, meneo la mezcla. Me gusta más acomodar los ladrillos. Encajan y encajan. Encajan. Yo me encargo que no me jodan. Que encajen. Que encajen bien. Aunque ya no me dejan tocar la grava que dizque porque los retraso. Y sigo. La feria repartiendo su escándalo y un canto que viene por allá. Justo encontrándose con el sol. Como que el sonido se refleja sobre los vidrios de las bardas. De aquella barda que tiene 988 vidrios. Me joden. Unos grandes y unos chicos. No encajan. Los chalanos dicen que se trata de Ivana, quien ameniza de vez en cuando el jaripeo. Viene su voz de chispazo y ésta se regresa para petatearse. Pues es que ningún cántico es igual al otro. Me dijeron que ella misma hace sus letras. Y las anda alborotando todos los días. Desde las dos treinta y tres de la tarde comienza. Yo no entiendo muy bien qué quiere decir lo que escribe y canta; pero sé que no las pue-

de desembuchar sin mí. Es que su memoria se le deshila a cada rato. Yo le echo la mano. “Y es que los tiempos se han partido en dos; unos pa vivir y otros pa morir”. “Y me acuerdo de ti, criatura empedernida, en Santa Cruz desfiló tu partida.” La cosa la echamos a andar y el trabajo se hace más ameno. El placer de que sus palabras encajan y los ladrillos también y si de a tiro no, yo le ayudo. Bien que encajan. Sus palabras se le encajan a la tierra cuarteada rellenándola. La vuelven en sí. Abre la tierra sus párpados y jura no volver a cerrarlos. No los cerrará mientras Ivana cante y yo le ayude a encajar todo. Luego vuelvo con mi madre y así andamos arriando la cosa. “¿Quién ha vivido aquí? ¿Quién ha soñado algo? ¿Quién vino a encajarnos sobre el pecho de la tierra ésta Santa Cruz?”

—¡Sargento! ¿Qué novedad?

—Está todo abandonado.

—¿No hay nadie?

—Nadie. Creo que los levantaron a todos. Bueno, nomás una muda por acá en la loma y un loquito que anda gritando de aquí para allá no sé qué cosa. Levantando piedras por todos lados.

—¿Qué nombre tiene el pueblo?

—Eso si no sé mi general. Le voy a investigar. Viendo como está, hasta puedo creer que nunca se llamó.

El relicario de Tlayacapan

Luis G. Torres Bustillos

Águeda entra con cierta prisa a la iglesia de San Juan, con un paquete envuelto en su propio rebozo. Lo abraza como algo muypreciado, algo que hubiera que defender contra viento y marea. Atraviesa por un lado de las bancas, hasta llegar al púlpito. Mira hacia todos lados y no ve a nadie. Es muy temprano y la iglesia, aunque abierta de par en par, está vacía. Se acerca al sagrario, poniendo el paquete sobre el altar. Saca de su mandil el pequeño manojito de llaves que siempre custodia y toma la llave pequeña, redonda y oscura que bien conoce. Abre la puertecilla y se persigna.

Saca el cáliz y el copón y pone ambos sobre el altar. Vuelve a cerciorarse de que nadie está viéndola. Respira profundamente y continúa. Desenvuelve el rebozo gris y gastado, dejando fuera una caja de madera antigua con incrustaciones metálicas y de concha nácar. Abriendo la pequeña caja, saca un relicario de vidrio y metal, antiguo y un poco sucio. Lo mira con admiración, le quita un poco de polvo con la mano y vuelve a meterlo a la caja. Entonces, la introduce en el sagrario, asegurándose de que quede justo al fondo, para volver a acomodar el copón y el cáliz al frente. Cierra la puerta y vuelve a persignarse. Camina por el pasillo de la nave central, ya más calmada y sale de la iglesia en silencio.

El exconvento de San Juan Bautista es una joya del siglo XVI, una de las iglesias más importantes del pueblo. El atrio está empedrado al igual que el frente del exconvento. Una vieja arcada se puede apreciar al lado de la iglesia. El atrio continúa vacío.

Días después, Águeda sale de casa, atraviesa el pueblo y se dirige por un accidentado camino hasta el cementerio. Atraviesa primero entre las tumbas más recientes, con sus lápidas y mausoleos imitación granito. En muchas de ellas hay viejos floreros o improvisadas cubetas, llenas de ramos de gladiolas, margaritas y lilis, completamente secos. Continúa caminando hasta la parte más antigua. Ahora las tumbas son casi todas

lápidas de piedras viejas y resquebrajadas. En algunas no se distinguen los nombres ni las fechas. En otras, las planchas de cemento se han cubierto de tierra, piedrillas y largas guías de pasto que las atraviesan, cubriéndolas parcialmente.

Águeda llega hasta un mausoleo familiar en el que sobre la puerta de hierro antiguo aún se lee el apellido Castorena. La puerta está asegurada con una cadena y un viejo candado de hierro fundido. Ella saca de su delantal una llave antigua y descarapelada y abre la reja. Entra al mausoleo, que está en la semipenumbra. Alcanza a distinguir mucha tierra en el piso, mucho polvo sobre las tumbas y un olor entre humedad y plantas podridas.

Debajo del pequeño altar donde domina una imagen de Santa Rita de Casia rodeada de viejas fotografías, hay un hueco oscuro y lleno de telarañas y polvo. Águeda mete la mano con cierto resquemor, para sacar una pequeña caja de cartón, sucia y arrugada. La limpia con el borde del delantal un poco, le sopla y después de mirarla unos instantes, la abre. En su interior hay un paño de terciopelo rojo muy viejo y decolorado. Al abrirlo, encuentra en él un crucifijo dorado con soporte. Parece ser muy antiguo y tiene un Cristo ya gastado de tanta manipulación. Hace una breve reverencia y lo limpia con el mismo paño. Lo besa y lo vuelve a envolver. Entonces lo guarda en el bolso del mandil y tirando la caja de cartón que lo contenía, sale del mausoleo. Cierra el candado sobre la verja y desaparece del sitio. Se dirige a paso rápido a la iglesia. Ya es mediodía y el sol está en el cenit. Entra a la iglesia despreocupadamente y cuando ve que no hay nadie, se dirige al fondo y sube al púlpito. Abre con torpeza el sagrario tratando de no hacer chirriar la puertecilla de hierro y vidrio. Cuando mete la mano para sacar los objetos dorados del interior, se da cuenta de que no está sola. Gira y está a un paso del padre Remigio, quien la mira con desconfianza.

Él no tiene puesta el alba ni la casulla, a pesar de que está cerca la hora del servicio. Ella demuestra cierto nerviosismo, por lo que el Padre le pregunta. “¿Qué estás haciendo, hija, acaso robas a tu iglesia?” Ella titubea. “No, Padre, me asustó, estaba sacando el cáliz y el copón para darles una buena limpieza. Creo que les falta lustre”. El padre Remigio no dice nada, solo saca los preciosos objetos dorados, uno en cada mano y se asoma al interior de la bóveda. Entonces ve la caja de madera con incrustaciones. Águeda está visiblemente tras-

tornada. Se envuelve las manos con el delantal y mira al piso. Entonces el padre deja el copón y el cáliz por ahí y saca la caja de madera. Abre la caja y con sorpresa descubre el viejo relicario. No dice nada.

Algunas personas ya están entrando a la iglesia, distribuyéndose en los bancos del frente. El padre le pregunta a Águeda. “¿Qué quiere decir esto, de dónde lo sacaste?” Ella no sabe qué decir. Lo mira directamente a los ojos sin contestar a la pregunta. El padre vuelve a preguntar: “¿De dónde sacaste esto?” Águeda respira. Al fin se atreve a decir: “Lo encontré en el mausoleo de la familia Castorena. Mi madre trabajó en la casa de esa familia por muchos años, usted lo sabe. Mamá me contó que la señora Castorena, hace muchos años, se apropió de cosas que pertenecen a la iglesia. Ya no queda vivo en este pueblo ninguno de los Castorena. Yo solo quiero que lo que se llevaron regrese a la santa iglesia”.

El padre Remigio se queda mirándola, un poco incrédulo. Águeda se siente incómoda, pero hay seguridad en sus actos. Su plan de restauración del daño, realizado por los Castorena, data de años atrás, cuando su madre por rencores hacia la familia le dijo que esas piezas habían sido robadas de la iglesia, una mentira sin fundamentos.

El padre vuelve a meter las cosas lentamente en el sagrario. Calladamente, toma de un codo a la mujer y la guía para bajar del púlpito. Ambos entran en la sacristía. El padre sigue pensando lo que va a decir. Mira a Águeda con severidad y ternura y al final le dice: “Hija, te equivocas. Las cosas no son como las conoces. La familia Castorena fue una familia muy pudiente. Ellos tienen esos objetos valiosísimos desde generaciones anteriores. Nunca los tomaron. Sé que la familia donó incluso a mis antecesores algunos objetos que hoy disfrutamos. Tienes que dejar de tomar esas cosas de donde sea que las hallaste. Tú eres una buena cristiana”.

Águeda le toma la mano al padre Remigio y se la besa con prisa. Se acomoda el rebozo sobre la espalda y sale de la sacristía sin decir más. Ya frente a la iglesia mete la mano al delantal y siente el crucifijo que lleva envuelto en el paño. Sonríe para sí, mientras piensa: “Los Castorena no se van a quedar nada, de eso me encargo yo... fueron muchos los años que explotaron a mi madre”. Entonces, se persigna y empieza a caminar por el empedrado con una expresión de triunfo.

La piedra del gato

Liz Vargas

Octubre llegaba a su fin. La cosecha sería buena, sin embargo, las nubes grises anunciaban una tormenta. Nadie esperaba lluvia en esa época del año. Aunque sorprendidos, todos se dedicaron a realizar su oficio y quehaceres cotidianos. Las mujeres se quedaron en casa a cuidar los chilpayates, a tejer mantas o elaborar vasijas de barro. Los hombres, casi todos jóvenes, se fueron a atender los sembradíos. Limpiaron la maleza. Conversaban entre ellos, reían. La lluvia empezó a caer con cautela. Parecía que Tláloc vaciaba el agua a cuentagotas. Al tocar la tierra una ventisca cubrió la milpa, esta pareció desmayarse. La lluvia caía despacio. Los hombres sintieron cierto ardor en el cuerpo. Miraron alrededor y vieron la tierra sin su característico color barro. Alzaron los ojos al cielo. Preguntaron. No hubo respuesta. No sabían lo que ocurría. La lluvia se convirtió en tormenta. El aguacero les empapó hasta el alma. En pocos minutos se terminó. Algo había cambiado.

Yo les miraba cada día desde que el pueblo se fue poblando con las primeras familias, con el nacimiento de niños y niñas. Me gustaba jugar con ellos a escondidas, de vez en cuando. Sus risas me acariciaban el cuerpo e impregnaban su alegría en cada uno de mis recuerdos. Siempre vigilaba, a todos, escondido entre los matorrales. Me daba desconfianza acercarme a los adultos. Ese día de la gran lluvia, los hombres volvieron a su casa cansados, abandonados a la rutina mecánica de caminar. El resto los miraba con extrañeza. Al día siguiente no se levantaron para ir al campo. Unos despertaron con fiebre, otros sufrían de escalofríos. El curandero los visitó uno por uno. Los revisó, los limpió. No supo decir porqué estaban así. Las mujeres tomaron su lugar en el campo, los hijos les ayudaron a cuidar los cultivos. Debían empezar a cosechar pronto, pero los varones no se levantaban del petate.

El pueblo era pequeño con algunos caseríos y no tenía mucho contacto con el poblado vecino. El río los había separado y no se habían interesado en relacionarse entre sí. No pudieron

o no quisieron pedir ayuda. El orgullo pesaba en sus corazones. Las mujeres se encargaron de la cosecha. Se preparó todo para la ceremonia. Los niños fueron a buscar las mazorcas que colocarían en la ofrenda. Se adornó el altar de forma colorida con sus flores de cempasúchil. Miré a los hombres sin mejoría alguna. La ceremonia se realizó sin ellos. En los días posteriores a la cosecha al fin se pusieron en pie. Su salud parecía reestablecida, pero algo les había ocurrido.

Todos despertaron sin saber su nombre, no reconocían a esposas o hijos ni madres y hermanas, no sabían nada. El viejo chamán se fue a Xochicalco por ayuda. Aunque creían que era algún tipo de castigo, nadie sabía la razón. Mientras tanto, los muchachos y hombres fueron instruidos como a los niños pequeños. Les debieron enseñar a labrar la tierra, a cuidar los animales, a sembrar, a cosechar, a realizar los rituales. Después de unas semanas el solsticio se llevó a cabo, pero el hombre sabio siguió sin obtener respuesta. La gente temía lo peor. Me paseaba por todos lados, siempre bajo la sombra de las chozas, los árboles y el miedo de todos que se agitaba en el silencio cálido de los días con sus noches.

Con el paso del tiempo, los jóvenes, que no recuperaron su memoria, se casaron y formaron sus familias. Hubo nacimientos de niños. Casi todos varones, solo una niña nació de esos desmemoriados, llamada Ollintetl. Ella se convirtió en mi amiga. Jugábamos todo el tiempo alrededor de las siembras, en un terreno cercano al río Apatlaco, mientras su padre cuidaba la milpa. Pasábamos horas explorando los cerros y cuevas, correteando a lo largo del melodioso viaje acuífero. Éramos inseparables. Las barrancas eran nuestro refugio, nuestra casa con olor a tierra húmeda y fresca yerba. A nadie le resultaba extraño que Ollintetl ocupara su tiempo en las barrancas. Era una niña devota y dedicada a aprender las antiguas costumbres y adoraba la recolección de las plantas. Esa actividad le permitía estar en soledad y entregarse a la oración. Yo siempre estaba a su lado, como un fiel guardián de sus pasos, oraciones y cánticos.

Todo parecía ir bien, pero los hijos de los desmemoriados, al llegar a la juventud, perdieron también la memoria, excepto Ollintetl. Todos se preguntaban qué había pasado. Los ancianos no encontraron respuesta, aunque miraban las estrellas cada noche, aunque rogaban al sol cada mañana, aunque oraran a los dioses cada día.

¡Dinos la verdad! ¿Por qué tú no perdiste la memoria?
Madres y padres le reclamaban a la joven.
¡Es una bruja!

La gente enfurecida actuó cegada por el dolor y la apedrearon. Mis maullidos no lograron asustarlos para que la dejaran en paz. La joven escapó rumbo a las barrancas. Se ocultó en una pequeña cueva. Ahí la seguí. Mi lugar era junto a ella. Ni siquiera sus padres la fueron a buscar. Una tormenta aciaga cubrió todo el lomerío. Ollintetl estaba protegida por la tierra húmeda de su escondite, yo me encontraba entre sus piernas y sus brazos que me cubrían como amoroso escudo. En algún momento vio pasar a algunos de sus vecinos vagando por los alrededores, se les veía perdidos. Ella les habló, pero no la reconocieron. Se dio cuenta que todos habían perdido la memoria. Se hizo la pregunta también: ¿Por qué ella recordaba todo? Miró al cielo. Preguntó. Vinieron a su joven memoria trozos de recuerdos, de ensoñaciones de cosas irreales, pero que sentía en la piel, en el corazón, aun de su tierna infancia.

Cuando era muy pequeña encontró por casualidad la cueva y también me descubrió detrás de una brillante roca. A partir de ese momento la seguí a todos lados. Caminaba delante de ella, dormía a sus pies. En cierta ocasión se enfermó y yo me mantuve a su lado. Un día cuando estábamos en la cueva maullé y le hice señas, pero ella no entendió. Varios años pasaron para volverlo a intentar. En ese momento sí tuve éxito y vio lo que le quería mostrar. En una pared estaba incrustada una piedra blanca y brillante. Logró extraerla, la dejó en su mano, la vio brillar e iluminar todo el lugar. Del brillo emergieron los recuerdos, las imágenes, el pasado. Era la ceremonia de mayo. Ahí estaba yo. Me acerqué al grupo de hombres que elegían las mazorcas. Estaban ebrios, me patearon y se echaron a reír. Los dioses, que todo lo ven, castigaron a esos hombres hasta volverlos como niños. En esa inocencia debían aprender a amar a todos los seres vivos. Sin embargo, con el pasar de los años, aquellos sin memoria no mejoraron y cuando atacaron a la joven Ollintetl, el dios del agua vació sus aguas sobre la memoria de todo el pueblo. La niña me miró apenada, juntos fuimos de regreso al pueblo. Ella había sido mi guardiana. Yo era el custodio del lugar donde estaba guardada la memoria de todos.

Llevó la piedra a su madre y esta recobró sus recuerdos. La piedra pasó de mano en mano hasta que todos estuvieron en

posesión de sus preciados pensamientos. Los hombres tuvieron que ser castigados y realizar ofrendas a los dioses para ser perdonados. En la cueva se volvió a incrustar la piedra. Todo pareció volver a la normalidad, aunque muchos pobladores se perdieron y no volvieron jamás. Nunca nadie volvió a perder la memoria. Poco tiempo después, Ollintetl se casó y se embarazó, tuvo complicaciones en el parto, su bebé nació, pero ella murió. Me fui a perder lejos del pueblo. No me volvieron a ver. Ahora donde estoy los miro y veo su creencia de que ambos custodiamos la memoria en aquella piedra del gato.

Peripecias

Martha Elba Cárdenas

Nací cerca de las Lagunas de Zempoala. Crecí en medio de hermosos paisajes naturales formados por siete lagos de tonalidades verdes y azules, rodeados de enormes encinos, pinos y oyameles. La familia con la que vivíamos era muy pobre, pero crecí feliz al lado de mi madre y mis hermanos. Me gustaba corretear a los teporingos, a las ardillas, y en una ocasión en que me adentré en el bosque vi un venado cola blanca.

Conforme crecía, mis ímpetus de aventurero me llevaron a ir un poco más lejos de los terrenos que conocía, llegando hasta donde vivía don Samuel, transportista que tenía una camioneta de carga que utilizaba para su negocio. Como era muy curioso, me subí a registrar la camioneta. Al oír pasos que se acercaban me escondí entre las cajas, sin imaginar que ya don Samuel se iba al siguiente poblado para repartir la mercancía. Calladito, sin hacer ruido y muy asustado permanecí oculto.

Cuando llegamos al pueblo, don Samuel le dio órdenes a su chalán:

—Cuando lleguemos a Tres Marías, bajas dos cajas de mercancía y las llevas a la tienda “La pasadita”, se las entregas a doña Cata.

—Sí, patrón —contestó el chalán.

—De ahí nos vamos a repartir a las demás tiendas. Quiero acabar rápido y regresar temprano para ver el partido, pues hoy juega el América.

En cuanto se detuvo la camioneta, ni lento ni perezoso me bajé de un brinco y me eché a correr para que no me descubrieran.

Caminé un buen rato hasta que llegué a un taller mecánico. Me asomé y enseguida hice buena amistad con Jacinto. Me permitió quedarme a dormir en un rincón del taller. A la mañana siguiente, me levanté muy temprano y salí a buscar algo de comer. Me acerqué al puesto de gorditas y quesadillas y me quedé mirando a una señora que hacía las tortillas, a la que llamaban Chole. Supongo que tiene buen corazón y se com-

padeció de mí, porque me dio un trozo de pollo. Con la panza llena y el corazón contento, le di las gracias con una mirada y seguí mi camino. Trataba de orientarme para regresar con mi familia. Así que eché andar por el bosque tratando de acortar el camino.

Ya oscurecía cuando llegué a un conjunto de viviendas, hacía frío y la neblina empezaba a descender. Busqué dónde refugiarme para pasar la noche. Me acomodé bajo el alero de una casa desde donde alcanzaba a ver a sus habitantes. Él, sentado en una mecedora, con un libro en la mano y sobre sus piernas una hermosa criatura. Escuché que la llamaba Kikuko. Nunca pude entrar, el perro guardián no lo permitía. Así que, al amanecer seguí adelante.

Llegué a mediodía a la comunidad de Huitzilac donde conocí a Honorato, dueño de una pequeña carpintería. Me habló suavemente y me acarició la cabeza. Cuando llegó su mujer con el almuerzo, exclamó con entusiasmo:

—¡Mira, vieja! Ya tengo ayudante. Se llama Mojigato.

—Pues tendrás que compartir tu almuerzo con él, porque no pienso mantener una boca más —contestó ella.

—¡Cómo eres! No come mucho y me puede ayudar. Se puede quedar aquí en la carpintería y hasta puede que se espanten las ratas con su presencia.

Me escondí atrás de un banco, la voz de la esposa del carpintero no era muy amable que digamos. Esperé a que diera media vuelta y saliera a la calle para asomarme nuevamente.

—No te preocupes, amiguito — dijo Honorato—, Lolita es gruñona, pero en el fondo es buena gente. Y sin más se puso a cantar, dándole al serrucho con gusto.

En los siguientes días me familiaricé con mi nuevo ambiente, era un sitio muy calentito, podía escoger entre hacer una cama en la viruta o si hacía calor subirme a los tablones del fondo.

Permanecí varios días en la carpintería, pero sentí que ese no era mi hogar, así que, sin despedirme, salí a la calle y comencé a caminar hasta llegar a la carretera. Seguí adelante hasta llegar a un poblado; oí que se llamaba Santa María, pero había muchos perros, uno de ellos me correteó y pasé de largo sin detenerme.

Tardé varios días hasta llegar a una zona donde había mucha gente y muchos coches, me escondí en un lote baldío y esperé a que anocheciera para salir. Había una estatua muy

grande de un señor a caballo. Me acerqué a un puesto de comida para ver si alguno de los clientes me regalaba algo de comer. Dijeron que la estatua era de Emiliano Zapata, y la plaza donde nos encontrábamos se llamaba Buenavista. Después de saborear los trocitos de carne que amablemente me ofreció un señor, seguí caminando. Ya no me detuve. Pasé junto a un grupo de personas que se encontraban en la puerta de lo que señalaron como el Parque Tlaltenango.

No paré hasta llegar a un área muy bien iluminada y como ya estaba cansado, me acomodé entre unas flores que adornaban el lugar y me quedé dormido. Muy tempranito sonaron las campanas y vi que se acercaba gente y entraban por una puerta. Paré bien la oreja y me enteré que me encontraba en el Chapitel del Calvario, a los pies de la Virgen de Guadalupe, y la gente acudía a la primera misa al Templo de San José. Me despecé y seguí mi camino.

Como era muy temprano, casi no había gente en la calle. Me detuve a ver cómo unas personas descargaban cajas de un camión para meterlas a una vivienda a la que llamaban el “Jardín Borda”. Me colé al interior sin ser visto. Era un espacio con muchos árboles, que me recordó al paraje de donde venía, pero éste, era mucho más cálido. Había arbustos, enredaderas y plantas con flores hermosas. Recorrí toda la zona, caminé por las terrazas que se encuentran en distintos niveles, corredores, fuentes, rampas, hasta llegar a un lago. Me tendí en la escalinata para tomar un baño de sol.

Cuando empezó a oscurecer, encontré dónde pasar la noche, no hacía frío, así que me quedé en una de las terrazas a descansar. El canto de los grillos se empezó a escuchar, también el de algún búho o tecolote que anidaba entre los árboles. La luna llena daba a los árboles un aspecto fantasmal, sus ramas parecían brazos que quisieran atraparme. El jardín se llenó de sombras y de un aire lúgubre. Sentí que los pelos se me erizaban. Dentro de los cuartos se escuchaban rechinidos, quejidos y lamentos. Entre los jardines una aparición caminaba despacio como flotando, cruzaba los arcos para detenerse en una de las fuentes, tenía un vestido blanco, muy amplio y elegante. Otro espectro era un hombre vestido de negro, que caminaba por el mirador y soltaba horrendas carcajadas. Otras ánimas se aparecían, atravesaban los jardines y se desvanecían detrás de los arcos. Yo me quedé agazapado en uno de los rincones, sin moverme, con el terror apretándome los huesos.

Esperé a que amaneciera y tan pronto como salió el sol, me brinqué la barda y salí disparado hacia la calle. Al pasar frente a un establecimiento el olor a comida me hizo detenerme. Me acerqué con sigilo y pronto me di cuenta de que eran amistosos. Me sirvieron un delicioso desayuno. Mientras comía, dos señoras platicaban junto a mí.

—¡Qué rico café sirven aquí! —dijo una.

—Sí, hay que venir más seguido. Enfrente está la Catedral y podemos ir a misa. Podemos visitar la Casona Spencer que está aquí a un lado y también nos queda muy cerca el Palacio de Cortés —señaló con gran entusiasmo a su amiga.

Al terminar de comer me escabullí sin hacer ruido. Caminé calle abajo hasta llegar a una fachada enorme con muros de piedra muy altos como un palacio. Solo lo miré por fuera. Seguí bajando, pasé junto a una barranca, atravesé la calle y entré a un jardín muy amplio, con muchas figuras, algunas eran como pájaros extraños, y una gallina con unos huevos. Había una fuente y en medio la figura de un toro como si saliera de la tierra. Todos los edificios que se encontraban ahí eran blancos. Al salir me topé con unos guardias, me azuzaron diciendo que no querían intrusos en el Museo Morelense de Arte Contemporáneo.

Enseguida me introduje en un recinto que emanaba paz y tranquilidad. Me arrinconé en la última banca. Ahí fue donde me encontró María Elena. Me habló con dulzura, me acarició y como si supiera que me encontraba perdido y sin hogar, me ofreció el suyo. Su casa se encontraba a unas cuantas cuadras de la iglesia de Amatlán.

Desde entonces vivo contento, y sin sobresaltos. No me falta comida y convivo con perros y gatos que también fueron rescatados. Ya tengo un nombre propio, pues casi en todos lados me llamaban Bicho, Mojigato o simplemente minino. Ahora me llaman por mi nombre: Tonatiuh, como el ardiente sol.

Sobre los autores

Ulises José García Rodríguez

Cuernavaca Morelos 1974. Coordinador y diseñador editorial. Ha trabajado en diversas publicaciones, tanto digitales como impresas y ha participado en la creación de Artistario (catálogo de artistas), Creando futuro (festival multidisciplinario) y festival de cómic Marambo. Parte del equipo organizador del concurso de novela gráfica Marambo. Diseñador y asistente de edición de “Ediciones Omecihuatl”. Ha realizado distintos trabajos dentro del área de la producción editorial y produjo una pequeña serie de entrevistas a distintas editoriales independientes locales, llamada “La ventana de Marte”. Ha hecho publicaciones breves para la revista digital “Los cínicos”.

Dayan Casaña

Ingeniera Arquitecta egresada de la Escuela Superior, Unidad Tecamachalco, IPN. Técnico en Diseño Gráfico, egresada de la escuela Instituto Mexicano de Estudios Técnicos. Escritora egresada de la Escuela de Escritores Ricardo Garibay. Tallerista del programa *Mujer: escribir cambia tu vida*, desde el 2015. Mediadora del Programa Nacional de Salas de Lectura, desde el 2019 (Sala de lectura *Macrocosmos de imagerías*). Columnista sabatina en el periódico *La Unión de Morelos* (columna *Nocturlabio*). Creadora de la cuenta en TikTok *Expedición Nocturlabio* (literatura de animales, naturaleza y aventura).

Ana Cosultchi

La autora nació en Iasi, Rumania en 1951. Vive en México desde hace 43 años. Es Ingeniera Química con Doctorado en Materiales por el IPN. Su actividad principal ha sido la investigación científica y ha sido parte del Sistema Nacional de Investigadores (SNI). A partir de 2018, cuando se jubiló, se estableció en Cuernavaca, Morelos. Actualmente, cursa el diplomado en Creación Literaria de la Escuela de Escritores Ricardo Garibay, en Cuernavaca, Morelos. Ha publicado dos novelas. *El Baúl*, (Ed. Samsara), en 2012 y *Días de oscuridad* (Ed. Infinita) en 2021. Esta última se presentó en la II Feria del Libro de Escritoras Mexicanas (FENALEM 2021). También publicó varios cuentos en la revista electrónica *Letras Insomnes*.

Mercedes Díaz Rosales

Nací el 24 de septiembre de 1955 en Zaculpan, Estado de México. Radico en Cuernavaca, Morelos. Fui Analista y Jefe de Sección en el Gobierno del Estado de Morelos. En las dependencias de Junta Local de Conciliación y Arbitraje. Ya jubilada ingresé al taller de pintura del CCU de la UAEM, ahora Escuela de Artes, Danza y Música; desde 2012 hasta la fecha, también tomo cursos de acuarela. A partir del primer año de ingreso he participado semestralmente en exposiciones de pintura en la misma escuela. Actualmente soy pintora en las técnicas óleo y acuarela y también imparto cursos. Me inicié en la escritura en el Taller *Mujer, escribir cambia tu vida*. Actualmente estoy en el cuarto semestre del Diplomado de la Garibay. Me encanta pintar y ahora que escribo es una combinación maravillosa.

Diana Yoshira Fernández Figueroa

Los cerros le formaron una cuna hace 28 años en Amacuzac, Morelos. De pequeña escribía sobre el olor a guayaba y hoy sabe que hasta la corteza de un árbol se puede convertir en una historia. Es comunicóloga y gracias a la Garibay materializa su amor a las letras.

Adriana Ferreira

Nació en la Ciudad de México en el año de 1966. Vive en Cuautla, Morelos, desde el año 2000. Egresada de la Escuela Superior de Turismo del IPN, maestría en Sistemas de Calidad de la UMED. Actualmente es mediadora de Salas de Lectura, del Programa Nacional de Salas de Lectura e integrante del programa *Mujer, escribir cambia tu vida* de la Secretaría de Turismo y Cultura del Estado de Morelos. Estudia el diplomado en Creación Literaria de la Escuela de Escritores Ricardo Garibay.

Miguel Ángel García

Aprendiz de escritor nacido en la década de los setentas. Le gusta la música y la comida. Quiere tener una vida tranquila, pero sistemáticamente se mete en problemas que lo alejan de su objetivo. Misántropo y buen amigo, bebedor de vino y mezcal. Hace contenido para Instagram y Youtube.

Pilar Hernández

Nací en la ciudad de México, pero desde pequeña mis padres decidieron residir en la ciudad de Cuernavaca, Morelos. Ciudad donde

he tenido vivencias y un acercamiento a las letras. Amor a la poesía, gusto por las leyendas y dedicación a la narrativa, en especial el cuento. Cursé el Diplomado en creación literaria en la Escuela de Escritores Ricardo Garibay, participé en el laboratorio en iniciación de escritura creativa. El rumbo hacia la literatura es un largo camino por recorrer y un maravilloso sentimiento por descubrir.

Cynthia Karina Jiménez Zamora

Nació en CDMX, Licenciada en Derecho con carrera técnica en danza. Actualmente es alumna del cuarto semestre del Diplomado en Creación Literaria de la Escuela de Escritores Ricardo Garibay. Ha participado en las Antologías *Semillas de la Arboleda*, Colección: Las mujeres morelenses sí cuentan, *Mundos Inventados*, de la Escuela de Escritores Ricardo Garibay y *Caleidoscopio Literario*, del Centro de Desarrollo Cultural Los Chocolates. Reside actualmente en Cuernavaca, Morelos.

Xóchitl López Huerta

Nació en la CDMX. Reside en Cuernavaca, Morelos desde hace 14 años. Es Licenciada en Derecho por la UNAM. Su gusto por las letras la ha llevado a tomar diversos cursos: novela, ensayo, cuento, creación literaria, etc. Actualmente cursa el Diplomado en la Escuela de Escritores Ricardo Garibay. Forma parte del colectivo Yolistli que promueve lo artesanal, lo natural y la cultura. Actualmente participa en pláticas sobre conciencia ecológica e imparte el taller sobre escritura *Conócete y transfórmate a través de la escritura*.

Servando López Quiroz

Nació en la ciudad de México. Es licenciado en Contaduría Pública por la UNAM y cuenta con estudios, no concluidos, de maestría en Historia por la misma casa de estudios. En sus años de trayectoria laboral se desempeñó como servidor público en diversas dependencias federales e instituciones del sector privado. En 2017 se trasladó a Morelos, donde retoma sus aficiones por las letras en el diplomado de Creación Literaria, impartido por la Escuela de Escritores Ricardo Garibay.

Egna Marsal

Nací en Navojoa Sonora en el año 1962. Licenciada en Optometría por el IPN. Actualmente curso el Diplomado en la Escuela de Escritores Ricardo Garibay. La experiencia con escritoras como Gabriela Dumay, Kenia Cano y el taller *Mujer, escribir cambia tu vida*, me llevaron de nuevo por el hermoso y gratificante camino de las letras.

Vania Mendoza

Licenciada en Diseño Gráfico y máster en Multimedia, disfruta realizar identidad corporativa y publicidad, de manera paralela se desenvuelve en el área de medicina tradicional y otros conocimientos afines que le han venido de herencia. Le ha gustado la literatura como medio para expresar lo que constantemente no sale de su boca. Actualmente está próxima a concluir sus estudios en la Escuela de Escritores Ricardo Garibay.

Paulina M. Moreno

Nació en la Ciudad de México en 1993. Después de estudiar la licenciatura en Ciencias Físicas reencontró su vocación en las letras. Actualmente ejerce como editora de libros de texto y estudia en la Escuela de Escritores Ricardo Garibay. Escribe microrrelato, cuento y poesía surrealista. Próximamente publicará su primera colaboración en la antología *La máquina de la muerte*.

Josué Osorio Estrada

Estudiante del Diplomado de la Escuela de Escritores Ricardo Garibay de Cuernavaca, Morelos. Maestrante en Intervención Docente, profesor de nivel Primaria y Secundaria. Coordinador del libro *Cartas en Pandemia*.

Karla Tabitha Mosqueda Ortega

Nació en Cuautla, Morelos, en 1993. Estudió la Licenciatura en Música en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Recientemente terminó el Diplomado en creación literaria en la Escuela de Escritores Ricardo Garibay y actualmente cursa el primer año de la Licenciatura en Creación y estudios literarios en el Centro Morelense de las Artes.

Lorenza Ortega

Escritora mexicana, nómada entre la ciudad de México y Cuernavaca. Contadora de historias en las que se mezcla lo cotidiano con lo inverosímil. Egresada de la Escuela de Escritores Ricardo Garibay en Cuernavaca, Morelos. Integrante del Taller de Escritura Creativa del maestro Francisco Rebolledo y del taller de poesía “El Ciruelo” de la poeta, Kenia Cano. Tallerista del proyecto: *Mujer, escribir cambia tu vida*. Participante en la revista digital de narrativa: *Letras Insomnes*. Antología de cuentos: *Mundos inventados*. FEDEM. Antología de narrativa: *Los lunáticos no opusieron resistencia*. FEDEM. Finalista en la

convocatoria de cuento de terror por Café la Fauna y Editorial Lengua de Diablo.

Pavel R. Ocampo

Originario de Acapulco, Guerrero. Ingeniero en sistemas computacionales. En el 2013 obtuvo el Premio Nacional de Cuento Corto José Agustín, y en el 2011 el Premio Estatal del mismo nombre. Ha obtenido menciones honoríficas en el XX Premio FILIJ de Literatura Infantil y Juvenil, en el Quinto y Sexto Premio Nacional de Cuento del Sistema Nacional de Institutos Tecnológicos, 2012 y 2013, respectivamente. También fue finalista en el concurso nacional de literatura Gran Angular (2014 y 2020) y ha sido beneficiario del Programa al Estímulo a la Creación y al Desarrollo Artístico de Guerrero (PECDAG) en el año 2013 con el proyecto *Acapulco, respuestas*.

Yolanda Ornelas

Egresada de la Universidad Autónoma de Aguascalientes como licenciada en Sociología. Maestra en Imagen, arte, cultura y sociedad por la UAEM. Estudiante de la Escuela de escritores Ricardo Garibay. Tallerista de la sala de lectura Desiderio Macías Silva de Casa Terán. Participante del Tercer y Quinto Encuentro de Narrativas en Aguascalientes. Publicación de los cuentos *La súplica*, *Croquetas frescas*. En el fondo *Híbrido*; *Las bestias* y *Mordida de perro* en proceso de publicación. Experiencia en el servicio público a través de las oficinas estatales de INEGI.

Ayael Pérez

Comunicóloga con maestría en Producción Editorial por la UAEM, becaria del Conacyt. Correctora de estilo para la Dirección de Publicaciones de la UAEM. Egresada de la Escuela de Escritores Ricardo Garibay. Mención honorífica en el I Certamen Internacional de Relato Breve *Soy protagonista de mi historia* de La Red de narrativa Latinoamericana. Colaboradora (por concurso) de la revista *Hispanic Culture Review* de la Universidad George Mason, en su edición 2020. Participante en las antologías de cuentos *Mundos Inventados* y *Los lunáticos no pusieron resistencia*, del Fondo Editorial del Estado de Morelos, así como de la antología próxima a publicarse *Así vas a morir*.

Francisco Gerardo Rivera Zequinel

Nacido en Morelos. 28 años. Radicado en Puente de Ixtla. Maestrante de la especialidad de Intervención Docente, en La Salle Cuernavaca, Egresado de la escuela Técnicos Laboratoristas. Estudiante del últi-

mo semestre de la Escuela de Escritores Ricardo Garibay y amante del idioma japonés; con aspiraciones a futuro de escribir novelas en dicho idioma y visitar la Nación del sol naciente. Le gustan el anime, mangas, películas, los Beatles y memes.

Luis G. Torres Bustillos

Nació en la CDMX en 1961. Participó en el Taller de Literatura dirigido por Frida Varinia, de la UAEM, Cuernavaca, Morelos y el taller de cuento *Ahora o Nunca* de Daniel Zetina. Tomó un Taller de guion cinematográfico con Michael Rowe, de la Escuela Itinerante de Cine (CDMX) y un curso de Guiones y formatos, con Pablo Zuack, ofrecido por la SOGEM (CDMX). Recientemente publicó en varias revistas electrónicas (alrededor de 30 trabajos). El año pasado publicó en INFINITA su primer libro de cuentos: *Pequeños Paraísos perdidos* y acaba de publicar *Sin Pagar boleto, cuentos y narraciones de viajes por México*. Actualmente es alumno de la Escuela de Escritores Ricardo Garibay, de Morelos (segundo semestre del Diplomado en Creación Literaria).

Liz Vargas

Nací en Temixco, Morelos. Estudié la Licenciatura en Historia en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Estudié el Diplomado en Creación Literaria en la Escuela de Escritores Ricardo Garibay en Cuernavaca, Morelos. Participé en la antología que publicó dicha escuela con el título *Mundos inventados* y en el libro *Laberintos. Seis autoras mexicanas de minificción*. Colaboro en la revista digital *Letras insomnes*. Seleccionada entre los ganadores de la Convocatoria *Morelos 21: Memoria y Encuentro* en la sección Cuento.

José Arturo Tapia Tamayo

De Mazatepec, Morelos. Estudió la Licenciatura en Letras Hispánicas de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos y actualmente es parte de la Escuela de Escritores Ricardo Garibay. Miembro del comité editorial de la revista *Metáforas al Aire*. Ha publicado algunos textos en las revistas *Nocturnario*, *Díspora Eviterna*, *Metáforas al Aire*, *Pluma*, *Iguales* y *Pérgola de humo*. Alguien que más que escribir, sugiere: un sugeridor.

Martha Elba Cárdenas

Nació bajo el signo de Leo en el año 1954. Estudió la Licenciatura en Psicología en la U.A.E.M. Le gusta aprender de la vida y esto la llevó a tomar el taller *Mujer: escribir cambia tu vida*. Participó en las antologías *Palabra por palabra* (2013) y en *El huerto de los pensamientos*

(2015), publicadas por la Secretaría de Cultura de Morelos. En 2017 en la antología poética del taller literario de Ethel Krauze *Poemando en Cuernavaca*. Participó en el XII certamen de Autobiografía “Un fragmento de mi vida” de la AMAB y obtuvo Mención Honorífica con el relato *El internado*. En 2018 se publica *La autobiografía en Morelos*, donde se incluye este último. Participa en la antología de cuentos *Mundos Inventados* de la Escuela de Escritores Ricardo Garibay en el 2020. En el período 2019-2021 cursó el Diplomado en Escritura Creativa de la Escuela de Escritores Ricardo Garibay.

Ocurrió en Morelos
Antología de poesía y cuento
se editó en el 2021 en
Cuernavaca, Morelos.
Para su diseño se usaron
las familias tipográficas
Literata y Noto Sans.
Secretaría de Turismo y Cultura
Dirección de Publicaciones
Escuela de Escritores Ricardo Garibay
Fondo Editorial del Estado de Morelos

En este libro se logró una muestra escrita de morelenses, por geografía o por destino, que narran una parte de lo que es este estado: un sacrificio a Texcatlipoca, un diluvio en el desierto morelense, milagros alimentados con amaranto, robo de reliquias, una mujer defendiéndose empuñando un machete, una nahuala, el alma en pena de una mujer en cañón de lobos, un niño atado a un árbol, las sospechas de un secuestro, un día de tantos en la vida de una mujer, sequía causada por una deuda municipal, un error mecanográfico que termina en un nombre hermoso. Todo esto ocurre en Morelos.



GOBIERNO DE
MÉXICO

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL



MORELOS



SECRETARÍA DE
TURISMO Y CULTURA

**FED
EM**